

pronto, porque más fácil es encontrarme aquí que en mi casa. Beso á usted la mano.

Cada uno tomó por distinto rumbo.

—Ya están ustedes demás, dijo la dueña del hotel, dirigiéndose á los guardias de órden público y con cierto tono de autoridad. No hace falta que venga el inspector, porque ya lo ven ustedes, *too ha sío ná*.

Diciendo así, se entró en sus dominios con majestuoso continente.

Los guardias volvieron á su punto.

—Ya lo ves, dijo el uno al otro, *too ha sío ná*. Más vale así.



V
EL PREMIO
DE LA HONRADEZ

Entre tanto, el comerciante D. Fa-
cundo se roía las uñas de impaciencia,

esperando la vuelta de su dependiente. Paseaba por la tienda arriba y abajo para que no se le hiciese tan largo el tiempo, miraba con frecuencia el reloj, y no hablaba palabra. Dejó por completo que sus dependientes atendieran á los compradores, porque si en aquel momento despacha él por su propia mano, tan grande era su preocupación, que no ya palmos en vara, sino varas en palmos, hubiera sisado al medir, y esto podía resentir el crédito de su casa.

Por fin volvió Maúfas de su viaje de exploración.

—¿Qué hay? le preguntó su amo sin dejarle respirar.

—Pues nada absolutamente, contestó el chiquillo con prudencia, en vista de que el señor duque andaba en la cuestión y le tenía jurada fidelidad. Lucrecia se ha ido derechita y sola á su casa.

—¿Estás seguro de que nadie ha ido acompañándola?

—¡Vaya si ha ido! replicó el hortelilla aturdidamente.

Pero se dominó en seguida, y repuso:

—He ido acompañándola yo, pero detrás, muy detrás, como usted me ha mandado, y no ha reparado en mí.

El comerciante se tranquilizó.

Llegó la noche. Lucrecia no pareció por la tienda. Pasaban las horas, y nada. Don Facundo estaba impaciente, porque la costurera se había llevado la noche anterior dos camisas de encargo, de primera clase, que valían una respetable cantidad, y que el parroquiano quería para el otro día de madrugada, porque se iba fuera, como se dice siempre, por meter prisa. Y no por las camisas, seamos justos, sino por si algo desagradable la había sucedido. En fin, tal vez por ambas cosas.

La costumbre, en la estación que se estaba, era cenar á las diez. Ya eran las diez y media.

Por fin á las once, y bien dadas, el comerciante se decidió y mandó cerrar, porque indudablemente ya no vendría la costurera, con tanta ansiedad esperada.

—Maúfas, dijo á su dependiente; mañana, en cuanto sea de dia, tienes que sacudir las orejas y levantarte de la cama para ir á casa de doña Melchora, á ver qué es de las dos camisas de encargo que vendrán en seguida por ellas. De camino pregunta si ha sucedido alguna desgracia.

—¿A las camisas?

—No; á ella ó á su hija, majadero.

—Lo preguntaba, porque no sería la primera vez. Es decir, ella no, porque, como usted dice, Lucrecia es la primera y mejor costurera del establecimiento, y nunca hace nada mal. Pero la Alabardera, ya recordará usted que el mes pasado metió la tijera por mala parte y cortó dos camisas en vez de una, pero que ninguna de las dos resultó cabal, pues cada una salió

con solo una manga y medio faldón delantero. Ahí están que no se pueden vender, porque ningun parroquiano quiere ir con una camisa que sólo le tapa á medias por delante.

—Cállate, charlatán, y á ver si despiertas temprano, que ya te digo que quiero que vayas al amanecer. Esta noche no voy á dormir.

—Lo creo, dijo Maúfas por lo bajo; dos camisas de primera también me quitarían el sueño, si fuera principal.

Como no lo era todavía, cenó con apetito, se acostó, y empezó á roncar como un justo. Al dia siguiente se levantó temprano, pero fué porque le llamó la señora tia y ama de gobierno, que recibió la consigna por precaución, y que, para mejor despertarle, tiró de las mantas y le encajó un cubo de agua fresca.

En un momento se despabiló, se puso en pié y se vistió, pues la operación de lavarse se la ahorraron con el modo de llamar.

Después se plantó en la calle, aspirando con delicia el fresco de la mañana, parándose delante de todos los puestos de buñuelos y viendo á las burras de leche trotar al compás de sus cencerretas.

Tardó más de dos horas en volver. Don Facundo estaba en brasas. No era muy madrugador: el comercio en Madrid abre tarde sus tiendas, excepto las de comestibles de diversas clases, y las tabernas y aguardenterías. Pero se trataba de un caso excepcional, y aunque en la cama, estaba despierto esperando el resultado del mensaje.

Llegó, como queda dicho, el esperado mensajero, y por cierto traía una cara que no anunciaba nada bueno.

—¿Qué ocurre? preguntó alarmado el comerciante, reparando en el semblante de su subordinado.

—¡Malo, muy malo! respondió éste moviendo la cabeza; ¡buena la hemos hecho, mi principal!

—¡Cómo! ¡habla, desdichado, no te

goces en mi tormento! Las camisas...
es decir, la joven costurera...

—Está muy mala la pobre.

—¡Ya decía yo!

—Pero las camisas están peor, y esto es lo que nos importa.

—¿Querrás explicarte de una vez, belitre?

—Yo contaré todo lo que ha pasado. Fuí, llamé á la puerta.

—Ahorra detalles que á nada conducen.

—Todo se ha de contar, porque si no, me confundo. Llamé á la puerta.

El comerciante se agitó nerviosamente entre las sábanas.

—¡Por vida del dios Baco! murmuró impaciente.

—Llamé á la puerta, repitió el horterilla por tercera vez, y al pronto no me contestaron. Vuelta á llamar.

—¡Si tuviese á mano la vara de medir, la rompería encima de tus huesos! gritó don Facundo. Te mando que vayas al grano.

—Pues al grano voy, mi principal; ¿cómo han de contarse las cosas? Llamé lo menos veinte veces, y no le digo una por una, porque no se enfade usted. Nada, ni un alma.

—La tuya es de cántaro. En fin, tendré paciencia; prosigue, y despáchate á tu gusto.

—Viendo yo que nadie respondía, voy ¿y qué hago? Me bajo otra vez á la calle, me voy á una obra que hay allí cerca, cojo una piedra tan grande como mi cabeza, y casi tan dura, vuelvo á subir, y ¡cataplum! la encajo de golpe contra la puerta.—¿Quién? preguntaron entonces desde adentro. Ya ve usted, mi principal, si al fin conseguí que me respondieran. Otro, viendo que no le respondían, se hubiera vuelto; pero de buena tierra soy yo, navarro para servir á usted.

—Bueno, hombre, adelante, dijo el principal con mansedumbre; puesto que ya estás dentro, cuenta pronto lo que ha resultado.

—Pues lo que yo decía, que las camisas...; pero vamos por partes. Salió doña Melchora, y en cuanto me vió, rompió á llorar. Su hija desde la cama, por lo que puede colegir, tambien hacía pucheros. Es decir, que lloraban las dos. Me han dado mucha lástima, porque aunque soy del comercio, tengo buen corazón.

—¿Y se puede saber qué les ha pasado á ellas y á las camisas?

—Pues á ellas, que están un poco enfermas del disgusto, pero ya se les pasará. Las camisas son la droga: prepárese usted, mi principal, á recibir una desazón.

—Habla, ya me la tengo tragada; no me la dupliques con tu calma.

—Pues clarito, y allá va. Lucrecia las ha perdido anoche.

Aunque esperaba un disgusto, don Facundo casi se puso en pié en calzoncillos, conforme estaba.

—¡Perdido! exclamó. ¡Dos camisas de encargo y de primera!

—¡Y qué quiere usted! lo mismo que si hubieran sido de algodón de las de á cuatro pesetas; para perderse no tiene el precio nada que ver. Yo no las he dicho nada, porque no me gusta meterme en lo que no me importa, y mucho menos no llevando órdenes de usted; pero sí las he dicho que regularmente tendrían que pagarlas...; y me parece que las he dicho suficiente.

Don Facundo estaba pensativo, y no respondió. Después se puso á echar las cuentas por los dedos.

—A precio de su coste material, dijo, sin tener en cuenta la ganancia, sino su coste estricto, lo menos me cuesta la broma de doce á catorce duros.

—¡Sopla! exclamó el horterilla. Con eso tenía yo para ir al café doce ó catorce años.

—Y vamos á ver, prosiguió discutiendo el comerciante: ¿con qué cara exijo yo ahora que las paguen, siendo una muchacha tan çabal?

—Justo, apoyó Maúfas; y luego que la quiere usted mucho.

Don Facundo miró de hito en hito á su dependiente.

—Y todos la queremos en casa, añadió el ladino chicuelo, porque es la que mejor cumple y la que mejor cose.

El principal volvió á caer en sus meditaciones.

—Pero perder tambien tan tontamente un puñado de duros...

—Lo que es yo no los perdía, observó el muchacho, que se amoldaba á todas las opiniones. Así tendrían cuidado para otra vez. ¡Se necesita estar tonta para no reparar en que se ha perdido un lío tan grande como un altar mayor!

—Dices bién que es muy extraño, dijo el principal. Y ahora que recuerdo, añadió golpeándose la frente, ¿no fuiste anoche detrás de ella? Pues has debido ver cuándo se le cayó de entre las manos.

Maúfas se puso verde, viendo el giro que tomaban las cosas.

—Pues no ví nada, replicó, porque yo iba, conforme usted me mandó, sin quitar el ojo de ella.

—Pues luego...

—Pues luego, es clara la cosa. No va uno á ser como los bizcos, que miran con un ojo al plato y con el otro á las *tajás*. Si la miraba á ella, mal podía mirar al lío, y además que usted no me encargó que fuese al lío á quien mirase, sino á ella.

—Basta. Vete á la tienda á barrer y á ir arreglando los escaparates y cambiando los géneros, que si están expuestos al sol dos días seguidos, se deslucen. Ya pensaremos en lo que debemos hacer.

—¿Y si viene el parroquiano por sus camisas tan temprano como dijo? observó el horterilla.

—Eso no te incumbe á ti: yo veré lo que tengo que hacer.

Maúfas salió del dormitorio para ir

á cumplir las órdenes de su amo, dejando á éste bastante pensativo.

Por la noche se presentó sola doña Melchora. Venía abatida.

—¡Ay don Facundo de mi alma! vengo á rastra, porque tengo una fuerte calentura, que no sé cómo me tengo en pié... Ya le habrá dicho á usted el muchacho... ¿Ha visto usted qué desgracia? ¡No me consolaré jamás!

—Ni yo tampoco, aunque viva cien años. Pero no llore usted, señora, que con eso nada se gobierna.

—Ya lo sé, pero una no es de estuco. Irá usted descontando, si quiere, todas las semanas dos reales, y así en poco tiempo se conseguirá...

—Ya trataremos de eso; ahora vamos á otra cosa. Conviene hacer diligencias á ver si parecen. Tal vez las haya encontrado alguna persona honrada...

—Casualidad será, porque hoy día hay muy pocas. Yo he pensado en que podía poner un anuncio en *La Corres-*

pondencia; no deje usted de ponerle mañana, don Facundo, y cargue usted en cuenta lo que cueste ponerle, porque nosotras... Además, he pensado en otra cosa, porque ayer y hoy no hago más que cavilar, que tengo la cabeza loca. Voy por las mañanas á bajarme al Rastro, á recorrer todas las prenderías, traperías y casas de empeño que hay en Madrid, á remover cielo y tierra, sí, señor, á ver si doy con ellas. Vamos á otra cosa, porque esto es un embrollo que no acierto á descifrar. Antes de anoche, cuando Lucrecia se llevó las malditas camisas... sí, antes de anoche fué, pues bién, recordará usted que vino sola, porque yo tuve que guardar cama. ¡Ay! ¡Ojalá jamás me hubiera quedado en ella, aunque hubiera reventado en el camino ó al otro día me hubieran llevado entre cuatro al cementerio!

—¡Señora!

—Sí, señor, porque entonces no se hubiera perdido nada; las camisas,

quiero decir. Pues, como iba diciendo, sucedió que antes de anoche pasé un rato, ¡qué digo! un siglo de angustia, porque mi hija tardó tanto en volver, que ya eran cerca de las doce de la noche cuando llegó á casa; y ¡en qué estado! ¡Dios mio! daba pena verla.

—¡Maúfas! gritó el comerciante, aquí en seguida. Entérate bien de lo que dice esta señora. ¿No me dijiste que su hija se había vuelto derechita á su casa?

—¿Y yo qué sé, replicó el muchacho, si despues de entrarse en el portal y subir la escalera, volvió á bajar y á torcerse? Yo me volví á la tienda, porque creí que ya nada más tenía que hacer en cumplimiento de sus órdenes.

—¡Qué oigo! exclamó la buena señora; ¿qué embrollo es éste? Don Facundo, usted sabe algo: ¡cuéntemelo usted, por Dios!

—Señora, yo no sé ni una palabra; pero este trasto debe saberlo todo, y

va á cantar de plano, si no quiere que le estampe encima de los sesos la vara de medir. Habla, Maúfas.

El pobre chiquillo estaba en un potro, pero no negó que era navarro.

—¡Cuándo digo que no sé más que lo que he contado! Y luego, si algo ha sucedido, nadie mejor lo puede decir que ella, la hija de esta señora. No se la habrá olvidado tan pronto, porque el lance fué un poco pesado.

—¡Hola! exclamó el comerciante; al fin te descubres. Canta, hijo, canta, no me obligues á que yo te enseñe el solfeo.

Pero Maúfas era un bellaco mucho mayor de lo que era de esperar de sus pocos años.

—Presumo que habrá sido pesado, esto es solo una opinión mia, porque no se pierden dos camisas de encargo...

—Déjate ahora de camisas, y responde á lo que te se pregunta. ¿Qué sabes?

—Ni una palabra, repito. ¡Mire usted que es fuerte cosa que por fuerza uno ha de saber!... ¿Pudiendo declarar el reo, que falta hacen los testigos?

La entrada de una persona en la tienda interrumpió la conversación.

Era Santiaguillo Barretas. Como era persona de poco pelo, le recibió uno de los dependientes más secundarios. El principal ni se dignó mirarle.

—¿Es esta la tienda de don Facundo Malmide? preguntó el escribanillo.

—Sí, señor, respondió el dependiente: ¿qué tenía usted que mandar?

—Nada, porque yo no mando en ninguna parte; al contrario, todo el mundo manda en mí. Aquí traigo esto; y sacó de debajo del brazo un paquete que se puso á desliar, que presumo debe ser de aquí, según me han informado.

—¡Aleluya! gritó Maúfas; ya pareció aquello. ¡Ya están aquí las camisas de mi principal! Y ahora que reparo, añadió el horterilla mirando des-

caradamente al curial, usted es el mismo á quien antes de anoche le descar-garon un trancazo en la calle de Panaderos.

—No, señor, está usted equivocado, joven, replicó Santiaguillo; no fué en la calle de Panaderos, sino que fué en las costillas. Doy fe.

—Esto se va complicando, dijo don Facundo, y entre todos va al punto á descubrirse la verdad. Pase usted aquí á este otro lado, y siéntese usted, señor don... ¿cómo es su gracia de usted?

—Santiago Barretas y Perejil, respondió el pobre diablo, natural de Villarramiel, no recuerdo á qué provincia pertenece; escribiente de la curia cuando hay que hacer, y paseante en corte cuando no hay, que es lo mas frecuente. Devuelvo ese petate con la tela blanca, porque me lo encontré, y yo soy un hombre honrado, aunque no tengo un real, ó precisamente por esta misma razón.

—No perderá usted nada por haberse portado honradamente, dijo don Facundo, y ya hablaremos de eso después, y veremos de gratificarle á cuenta de esta señora, que es la que más va ganando en el hallazgo. Vamos á otra cosa, que usted nos puede ayudar con sus luces.

—Si no es más que con mis luces, no hay inconveniente, porque eso no es dinero ni cosa que lo valga. Estoy á su disposición.

—Por el pronto, refiera usted cómo, cuándo y dónde se ha encontrado el paquete, porque eso nos ilustrará para sacar el hilo por el ovillo.

—De eso me libraré muy bien, porque es un secreto que debo guardar. Anda por medio don Andrés, y yo le respeto mucho.

—¿Quién es ese don Andrés?

—¡Toma! pues don Andrés, y es bastante. Pues cabalmente todo Madrid le conoce, hasta las piedras, y sobre todo, donde deben conocerle

mucho, es en la calle de Panaderos.

—Y en su casa á las horas de comer, dijo don Facundo; ¿qué tiene que ver aquí en todo esto ese don Andrés ni la calle de Panaderos?

—Más de lo que á usted se le figura. ¡Friolera! ¡Como que allí ha sido el lance!

—¿Qué lance?

—Nada, en resumidas cuentas. ¿No ha oído usted á su dependiente decir aquello del estacazo?

—En efecto, no recordaba. Pero si usted no nos ayuda...

—Yo, no. Repito que el respeto que debo á don Andrés...

—¿Es acaso su principal de usted?

—Es mi maestro, no de asuntos curiales, sino de arte de camelar.

Todos soltaron una estrepitosa carcajada.

—No hay que reirse, dijo el pobre hombre, amostazado al ver que excitaba la hilaridad. Para seguir á una hembra, cogerla á tientas y matarla callan-

do, no hay quien eche la pata á don Andrés en toda la redondez de la tierra. ¡Es mucho hombre!

—Pero á todo esto, no sacamos nada en limpio.

—Pues mire usted, de aquí provino toda la gresca, de esta misma tienda, porque de aquí salió la chiquilla.

Doña Melchora se puso precipitadamente en pié.

—¿Habla usted de mi hija? preguntó.

—Eso, usted sabrá si es su madre; á mí, ¿cómo quiere usted que me conste? Salió de aquí, repito, echó por la calle arriba, y don Andrés, que estaba al acecho...

Todos se acercaron al narrador.

—Voy á espetarlo todo, dijo éste, lisonjeado viéndose objeto de la atención general, porque tengo gusto en que vean ustedes que don Andrés es un hombre extraordinario, en el arte de camelar se entiende, aunque me esté mal el alabarle, porque yo soy su

discípulo. Allá arriba, en lo alto de la calle, mi maestro, sin andarse en chiquitas, va y se planta al lado de la muchacha y arma palique con ella.

Doña Melchora y don Facundo arrojaron á duo un murmullo de sorpresa.

—Prosigo. Armase conversación, y anda que te anda, hasta llegar á esa calle que decíamos.

—¡Usted miente, buen hombre! gritó indignada la pobre señora; mi hija es incapaz de eso.

—¡Pues no sería su hija de usted! ¿He dicho por ventura que sea su hija, ni la conozco, ni sé cómo se llama?

—Siga, siga usted, dijo don Facundo con creciente interés.

—Allí, á la entrada, se pararon á la puerta de una casa que, si no es de huéspedes, lo parece mucho, y por lo menos debe serlo de huéspedes.

—¿Sabes tú algo de eso, Maúfas? preguntó el comerciante encarándose con su dependiente.

—¿Yo? replicó éste. ¿Y á mi, qué

falta me hace? ¿No estoy aquí bién alojado? ¿A qué buscar otro hospedaje?

—Pues bién, una vez en la puerta de su casa, don Andrés, ¡cuando yo digo que es el demonio para camelar! don Andrés, repito, empeñado en entrar, y ella en que no la daba la gana, se arma porfía, y mi maestro, que sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, la emprende á empellones con su conquista.

—¡Hija de mi vida! exclamó doña Melchora.

—¡Dale! ¿Quién ha dicho que fuese su hija? ¿No puede ser otra? Empellon va y empellon viene, ya casi la tenía dentro del portal, del medio cuerpo arriba, y no faltaba más que de medio cuerpo abajo, cuando se presenta uno á estorbar; uno que yo no conozco; es decir, que no conocía, que lo que es ahora, si le viese le conocería muy bién. No puedo decir lo que sucedió después, ni si mi maestro lograría co-

lar la mitad que faltaba, porque como llovido del cielo, y no por la divina gracia, me descargaron un tremendo garrotazo, que me hizo ver las estrellas, aunque estaba muy nublado, y yo no me esperé á más contestaciones, sino que llamé á mis piernas y dejé el campo libre. Corrí hasta unos doscientos pasos; pero reflexionando que dejaba á mi maestro en un mal lance, y quizás picado por la maldita curiosidad, volví grupas otra vez, y no viendo ya á nadie en la calle, me acerqué callandito al maldito portal, no sin precaucion no lloviese otro palo como el de marras, y allí, en el mismo cerco de la puerta, me encontré el paquete de mi cuento; reflexioné tambien que pudiera ser de la muchacha del lance; y como recordaba la tienda, he venido á traerle. No le traje ayer, porque estuve ocupado noche y día, y hoy todo el día también, en copiar un proceso, que me han pagado el pliego á cuartillo de real, y me ha valido el todo dos

pesetas, y no está uno para desperdiciar las ocasiones, porque de éstas caen pocas en libra. Aunque algo tarde, aquí traigo lo que me he encontrado, y no es mio, y ustedes verán si tienen que mandar alguna otra cosa.

Concluido el relato, reinó por algunos instantes un profundo silencio. Maúfas fué el primero en romperle.

—Todo eso y mucho más lo he presenciado yo, dijo con aire de triunfo; pero no quería decir nada, porque anda en el ajo el señor duque del Carrascal. Su excelencia fué quien le dió á usted el garrotazo.

—Bien lo conocí que venía de buena mano, porque también fué muy excelente por cierto. Si se trata de un señor duque, ya es distinto, y hasta puede tomarse por agasajo y honor.

Santiaguillo se levantó, y tomando licencia, se dispuso á partir. Como era tan corto de genio, no se atrevió á recordar á don Facundo aquello de la propina por el hallazgo, ni el comer-

ciente tampoco se acordó de tal cosa, y si se acordó, tuvo por más prudente no decir palabra, porque ya era tarde y hora de cerrar la tienda. Salió poco á poco, y repitiendo las buenas noches hasta cinco ó seis veces, por si le llamaban para darle lo ofrecido; pero, nada, tuvo que marcharse sin la prometida gratificación.

Don Facundo llamó entonces aparte á doña Melchora á un rincón del mostrador, su sitio favorito para las conferencias secretas, y la dijo en voz baja:

—A usted y á mí nos ha caído que hacer, porque esto no puede quedar así. Por lo que aparece, resulta que la pobre niña ha sido víctima de un atentado escandaloso.

— ¡Ya, ya! ¿Ha visto usted? Yo estoy asombrada. ¡Qué cosas y qué casas se ven en este Madrid!

—Si es preciso, haremos que la justicia entienda en este negocio: yo estoy dispuesto á gastarme la mitad de la

tienda, repuso el comerciante con la energía de la decisión.

—Muchas gracias, don Facundo. Hay que sacudir de firme y hacer un escarmiento. ¡Lucrecia de mi alma! Cada vez que pienso que ha estado expuesta á perder...

—Eso es precisamente lo que me indigna, añadió el comerciante con profunda convicción. Nada, lo dicho, cuente usted conmigo; pero, señora, advierto una cosa, y es que favor con favor se paga. Me contento con que se corresponda al mio con otro igual, y harto hago que no exijo prima alguna. En el comercio, lo más que se acostumbra es á negociar á la par, nunca con pérdida para el tenedor del papel. Quiero portarme como un caballero.

—Eso usted lo verá, dijo la pobre mujer, sin saber lo que se decía.

—Usted, como madre, puede hacerlo todo, prosiguió el mercader. Voy á ser explícito. A mí me gusta su hija.

—Mire usted, don Facundo, fran-

camente, eso ya me lo tenía yo tragado.

--¡Oh! ¡Las madres...! No tiene nada de particular. Por ahora, ya he dicho bastante, y otra vez será más. Mi dependiente nos ayudará á esclarecer el enredo por completo: esta noche es ya tarde, pero mañana temprano le cogeré por mi cuenta, y con la vara de medir en la mano, por si hace falta, le sacaré del buche hasta la última palabra; tempranito, sí, porque desde por la mañana se empiezan las buenas obras.

—Sí, señor, y se comen las buenas ollas; tiene usted razón, don Facundo. Ea, buenas noches, me voy, que mi hija estará con cuidado.

—Espere usted, doña Melchora, que se deja usted las camisas en cuestión. Parece que tienen desgracia. Llévelas usted, y á ver si se despachan pronto, que corren prisa: ya veremos de dar una disculpa al parroquiano. No olvidar lo hablado.

—¡Quiá, no señor! ¿Cómo quiere usted que se me olvide? Ya hablaremos más despacio. Buenas noches.

La buena mujer, á pesar de sus años, salvó en pocos minutos la distancia que había desde la tienda á su casa.

Lucrecia estaba impaciente.

—¡Ay, mamá, cuánto has tardado!

—Hija, tengo muchas cosas que contarte, dijo doña Melchora reventando de alegría, y no sé por dónde empezar. Pero ya es tarde, y lo dejaré para mañana. Por el pronto, tranquilízate, que ya pareció aquello.

—¿Las camisas?

—Sí, y otra cosa más, que es á lo que yo me refiero. Bueno es que las camisas hayan parecido, porque, de no parecer, ¡ay, Jesús de mi alma! no sé dónde hubiéramos ido á parar, pobres de nosotras. Pero, gracias sean dadas á Dios, todo se ha arreglado, porque todo ha parecido, hasta lo que me esperaba de un dia á otro, porque el co-

razón nunca me engaña. Te lo contaré. Hablando que te habla don Facundo y yo, nos hemos enredado hora tras hora. Pero hija, ¡qué tienda aquella! Ya eran más de las diez, y todavía entrando gente á comprar. Creo que si no cerraran en toda la noche, no cesarían de despachar. ¡Vaya un modo de vender!



VI

TIRA EL DIABLO DE LA
MANTA...

El pobre Santiaguillo consiguió al

fin la recompensa de su honradez, porque Dios premia siempre las buenas acciones. No fué el comerciante el instrumento elegido por la Providencia para que la recompensa susodicha llegase á su destino, sin duda porque en las altas esferas del infinito saber no se considera al comercio como á propósito para otras operaciones que las aritméticas y mercantiles, sino que envió el dón por otro camino inesperado, como suele hacer en sus inescrutables designios.

El escribiente curial práctico tenía un tío que era cura, pero este tío, maldito el caso que hacía de su sobrino. El eclesiástico venía á la corte raras veces, pues tenía su obligación fuera de ella, y las pocas veces que venía se olvidaba de ver á su cercano pariente, porque sabía que andaba poco ménos que en cueros, y se le encogía el corazón. El bueno del sobrino, que andaba muy cerca de resolver el problema de vivir sin comer, se encontraba en la

más crítica de las situaciones, cuando supo incidentalmente, al siguiente día de su rasgo de honradez, que su tío acababa de llegar, y que estaba alojado en la posada del Peine, como acostumbraba en todas las excursiones á la coronada villa.

De tres brincos se plantó en la susodicha posada, y preguntó por él.

—No sé si habrá salido, le dijo el mozo de paja y cebada, porque el buen señor parece más bién un procurador que un cura, según lo que bulle de un lado á otro, sin descansar cinco minutos seguidos. Debe traer á Madrid un centenar de encargos. Suba usted al último piso, cuarto núm. 10.

Santiaguillo trepó por las escaleras, y llegó á la habitación designada. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Ya iba á emprender el descenso, cuando oyó crujir los escalones bajo el peso de una humanidad respetable. Era su tío, que venía á su posada.

El eclesiástico pesaba muy corridos

sus cien kilos, y venía sudando á chorros por frente y cogote. Vestía medio de paisano y medio de sacerdote, y traía al hombro unas alforjas muy repletas, que se apresuró á dejar en tierra apenas llegó al descansillo de su cuarto, para sacar un pañuelo de hierbas y enjugarse el sudor que le inundaba el amoratado rostro y protuberante cervigullo.

—¿Qué haces aquí, alhaja? preguntó á su sobrino apenas le reconoció.

—Pues ya lo ve usted, tío; he venido á verle, y le estaba esperando.

—Muchas gracias; pero no hay por qué te molestes. En fin, ya que estás aquí, haz el favor de coger las alforjas y entrarlas en el cuarto. Mira, cógelas con mucho mimo, que traigo en ellas unos cacharros de cristal y loza que se le han antojado al ama, y cuida no se derrame un paquete de polvos de arroz que no sé para qué guisote lo destinará la buena señora, pero que me ha recomendado mucho que no se me ol-

vide. Pónlas ahí en ese rincón, donde nadie las tropiece, y para más precaución, coloca una silla delante.

El sobrino se condujo con arreglo á aquellas instrucciones, y después tomó asiento.

—Vamos á ver qué viento te ha traído por esta posada, dijo el eclesiástico, porque tú á humo de pajas no has venido.

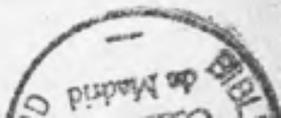
—Así es, querido tío: traigo un objeto.

—Pues mira, si es sobre dinero ó cosa que se le parezca, no te molestes, porque no tengo un cuarto. ¡Bonito está el clero!

—Si usted me socorriera con alguna cosa, no me vendría mal, porque, puede usted creerme, tío, ¡bonita está la curia!

—Todo anda mal, replicó el sacerdote, y nadie sabe en qué vamos á parar, si Dios no aplica el remedio. Hay mucha maldad en el mundo.

—¡Dígamelo usted á mí! No hace



muchas noches que he visto yo cosas que ponen los pelos de punta; pero ¿usted no sabrá dónde está la calle de Panaderos?

—Ni falta que me hace, que nada se me ha perdido en ella, replicó sencillamente el cura.

—Ni quiera Dios que pase usted por ella, sobre todo por cierto portal; aunque si se le perdiera algo en él, pudiera sucederle que se lo encontrase, porque se dan casos. Yo me encontré en él lo que no se me había perdido, un garrotazo primero, y después un paquete de ropa blanca.

—Pues mira, sobrino, váyase lo uno por lo otro, que Dios no reparte siempre los beneficios sino mezclados con algo de hiel, á fin de que no criemos soberbia.

—Aún no puedo ponerme derecho del todo, prosiguió el curial, porque el obsequio vino de mano excelente, y de excelentísimo señor. Pero punto y aparte. Es preciso, querido tío, que

haga usted algo por mí, porque, si no, se expone usted á que otra vez que venga á la corte le digan que estoy en el cementerio general de la puerta de Toledo.

—Todos somos mortales, replicó el cura; y si así sucediese, *requiescat in pace*.

—Amén, concluyó el sobrino; pero cuanto más tarde mucho mejor, y eso que yo, para lo que disfruto en el mundo, más me valdría descansar de una vez. Usted conoce á mucha gente.

—Más de la que me hace falta. El día que se me ocurra un duro, no me conoce á mí nadie.

—Y pudiera usted darme alguna carta de recomendación.

—Eso ya es otra cosa; no tengo inconveniente. Pero, mira, baja y ve á comprar un pliego de papel y sobre, que no he de ponerlo yo todo. Voy á recomendarte á un señor de muchas campanillas.

—El caso es que yo tampoco tengo

para comprarlo; pero en un momento voy á una escribanía conocida que está á dos pasos de aquí, y me darán todo lo necesario.

El escribiente curial arregló su asunto, y el cura le extendió la epístola recomendatoria, gruñendo á cada letra y tardando dos horas en la operación. Después puso el sobre:

«Excelentísimo señor duque del Carrascal.»

Santiagoillo, sin decir que conocía, y de *cerca*, á su excelencia, cogió la carta, y sin perder tiempo, fué á llevarla á su destino.

El duque estaba en su gabinete entregado á sus reflexiones, cuando le anunciaron que un extraño personaje, tipo de los que se encuentran en la Puerta del Sol atisbando á los transeuntes para pedirles dos reales, deseaba verle.

—Que éntre ese pobre diablo, y le despacharemos, dijo el duque con desdén.

Pasó el curial, se descubrió respetuosamente, y desde la puerta hasta acercarse hizo diez reverencias hasta el suelo. Después presentó la carta.

El aristócrata la leyó despacio, y enterado de su contenido, dijo:

—Está muy bien; procuraré complacer á esa persona, que estimo mucho y que pide para usted una plaza de escribiente en mis oficinas. Dígale usted que confíe, y en cuanto á usted, puede marcharse descuidado.

Como á pesar de que aquellas palabras eran claramente una despedida, el bueno del curial seguía clavado en su sitio sin darse por entendido ni desalojar el puesto: el duque le repitió más claramente:

—Quedo en contestar á la persona que le recomienda á usted, y en hacer lo posible por complacerle. Puede usted retirarse.

Santiaguillo miraba de hito en hito al aristócrata, y se sonreía estúpidamente.

—Por lo que veo, dijo al fin, vucencia ya no me conoce.

—No, no recuerdo haberle visto á usted en toda mi vida, dijo el gran señor mirándole fijamente.

—Pues yo en seguida he conocido á vucencia.

—Sea enhorabuena. Ya le he dicho á usted que...

—Lo que es á memoria, habrá muy pocos que me ganen. Y eso que no le ví á vucencia sino de refilón unos cuantos segundos.

—Hombre, explíquese usted.

—Pues bien: Yo, Santiago Barretas y Perejil, escribiente curial práctico, doy fe que, hallándome hará cosa de cuatro noches en asuntos, no del servicio, sino particulares, en la llamada calle de Panaderos, y como á los comienzos de ella, según la entrada de su numeración natural, recibí un excelente bastonazo de su excelencia, que me cogió todo á lo largo de las regiones dorsal y lumbar, y del que aún

conservo señales en forma de cardenal, que pueden hacer fe en juicio y fuera de él, sin más que despojarme de la ropa.

El duque se puso en pié como movido por un resorte.

—¡Calla! ¿con que fué á usted? dijo con acento compasivo. Vaya, no puede usted imaginarse cuánto lo sentí, porque, la verdad, no era á usted á quien iba el golpe dirigido.

—No iría, replicó el curial, pero yo le recibí, me consta de buena tinta. Yo el infrascrito doy fe: fecha *ut supra*.

—Aunque fué un *lapsus garrotæ*, dijo el duque, y esto disminuye mi responsabilidad; *item*, que nada le hubiera á usted acontecido si se hallase lejos de allí, á quinientas leguas, reconozco que le debo una indemnización; y como soy buen pagador, voy á otorgársela en seguida.

Tiró del cajoncito de su secreter y sacó una moneda de oro de cinco du-

ros, que entregó al aturdido hombrecillo.

—Esto ya es otra cosa, y puede recibirse mejor, dijo Santiaguillo colando la moneda al buzón de sus calzones; pero bien dicen que no hay rosa sin espinas, que no se pescan truchas á bragas enjutas, y que quien bien te quiera te hará llorar.

—Y cuente usted además, buen hombre, con que la plaza que usted pretende es suya desde luego. Mañana mismo puede entrar á desempeñar sus funciones. Vamos á ver, dígame usted: ¿cómo es que se encontró usted en medio del lance?

—Es largo de contar. Todo fué por mi debilidad, por mi honradez; sólo á los hombres fieles y honrados les suceden estas cosas. Desde luego, que yo conozco á don Andrés.

—¿Y quién es ese sujeto?

—Pues el que se armó de palabras con vucencia á la puerta del dichoso portalito. Es mi maestro.

—Maestro, ¿de qué?

—¡Vaya! no quiero decirlo á vuecencia, no se ria de mí si lo digo, como anoche se rieron de lo mismo en la tienda de comercio de la calle de la Montera.

—¡Hola! dijo el duque vivamente; ¿conoce usted á algún comerciante de esa calle?

—Sí, señor, á don Facundo.

—Hombre, siéntese usted. Ahora más que nunca deploro la equivocación y el palo que le sacudí.

—Déjelo vuecencia, y no haga caso, replicó Santiaguillo, que no merece la pena. Ya casi no me duele, y no se conoce el cardenal.

—Hábleme de don Andrés, y dígame quién es ese sujeto.

—¡Oh! Es un personaje de importancia: digo, lo presumo yo, porque se da bastante. Yo le tengo mucho afecto, y no sé por qué, pues lo cierto es que maldito si tengo nada que agradecerle. Debe ser muy tacaño,

pues aunque me haya visto con un palmo de lengua fuera y la barriga como la caja de un tambor, jamás ha sido para decirme: toma, ahí tienes dos reales, y vete á comer á un bodegón de la Cava Baja.

—No se apure usted, buen hombre, que ya ha salido de penas, pues corre su carrera á mi cuidado. En prueba de la estimación que empiezo á cobrarle, le anuncio que, aunque todavía no ha tomado usted posesión de su plaza de escribiente, voy á darle un ascenso. Queda usted nombrado mi lacayo *attaché*; que es como si dijéramos, mi corneta de órdenes.

—Beso á vucencia su mano con la mayor humildad, dijo Santiaguillo, y no sé cómo agradecerle la merced que me hace. Procuraré servirle con celo y lealtad, aunque de vez en cuando me sacudan un palo en su mejor servicio.

—Decíamos, pues, insistió el duque, que ese señor don Andrés, que parece tan hinchado y tan vano...

—Sí, señor, es un faròl. Ya no me parece persona de tanta importancia, y desde que vucencia se porta conmigo tan generosamente, el tal caballero ha descendido lo ménos cien codos de su altura.

—¿En qué se emplea? preguntó el aristócrata.

—Ni yo lo sé, ni nadie lo sabe; creo que él mismo no lo sabe tampoco. Por lo que yo he oido, su principal ocupación es camelar á las muchachas.

—Le alabo el gusto, y no es él sólo quien tiene esa manía.

—Es el mismo diablo para las ratas, quiero decir, para galantear las hembras. Pero, hablando con franqueza, más es el ruido que las nueces: antes, yo me asombraba de todo y le creía más valiente que el Cid y más galanteador que don Juan Tenorio; pero he abierto los ojos á la luz de la verdad y la razón, y me he convencido de que no es oro todo lo que reluce. Para lo que él hace, que es llevarlas

engañadas á su guarida de lobo y allí hacerlas entrar á empellones, eso cualquiera lo hace, y también maldita la gracia que tiene.

—Es verdad: es cuestión de puños y de poca vergüenza.

—Y luego que si sucede como la otra noche, ni se debe alabar de su fuerza, porque no consiguió hacer entrar en el portal á la chica más que de medio cuerpo arriba, y el intrínquilis está en que éntre de medio cuerpo abajo, porque si no, es como si nada se lo-grase.

En aquel momento dieron discretamente dos golpecitos á la puerta del gabinete.

—Pasad, duquesa, dijo el duque conociendo que era su esposa en el modo peculiar de dar los dos golpecitos; pasad, que quien está aquí es persona de confianza.

Entró la señora duquesa. Era una arrogante mujer de treinta años, hermosa y llena de majestad, de buenas

carnes y vestida con elegancia, en traje de calle. Apenas apareció, se quedó mirándola Santiaguillo, sin apartar los ojos, como si quisiera reconocerla.

—Voy de tiendas, dijo la duquesa calzándose los guantes, á cargar de mil cosas que necesito. Ya te traerán las facturas. ¿Quieres algo?

—No, muchas gracias. Hasta después.

La duquesa salió sin dignarse mirar una sola vez al escribiente curial. Apenas dejó de oirse el ruido de la seda de sus faldas, Santiaguillo se encaró con su excelencia, y dando á su fisonomía un aspecto malicioso, se atrevió á preguntar:

—Esta señora, ¿es la señora de vucencia?

—¿Qué le importa al atrevido? replicó el duque sintiendo despertarse su orgullo nobiliario.

—Es que no se me ha despintado, y la he reconocido al punto.

—Hombre, usted conoce al mundo entero.

—Casi, casi; he rodado mucho.

—¿Y de qué conoce usted á mi mujer?

—Pues de la otra noche; de la noche del lance.

El duque se puso lívido, recordando sus sospechas, concebidas por un momento, y desechadas tal vez con excesiva confianza. Se acercó rápidamente al escribanillo, y le dijo con voz balbuciente:

—¡Hable usted; diga todo lo que sepa!

—¡Pero si apenas sé nada! No se enfade vucencia, señor, que la cosa no tiene malicia. Huyendo de un segundo garrotazo, que pudiera ser probable, porque los garrotazos suelen enredarse unos con otros como las cerezas...

—¡Acabe usted pronto!

—Huyendo, como digo, volví la cabeza al llegar al extremo de la calle, creyéndome ya en seguro puerto, y ví

que del portalito salía una señora, y detrás un caballero. A poco, uno y otro pasaron por mi lado.

—¿Y cree usted que la señora fue-se la mia?

—Tanto como jurarlo, me libraré muy bien; pero sí diré que se parecen como un huevo á otro, y que á vista de lince pocos le ganan á Santiago Barretas.

—¡Desdichado! ¿Qué estás diciendo?

El duque, colérico, fuera de sí, levantó la mano. Santiaguillo hizo costilla para aguantar el chubasco.

—¡Caiga! exclamó: ya empiezo mi vida de lacayo y á gozar de sus derechos inmanentes é imprescriptibles. No se detenga vucencia, señor duque, que para eso estoy, y para eso somos los criados de los nobles más ó menos *attachés*, como dijo antes, si no oí mal, al darme la credencial de mi destino.

El duque se contuvo confuso por haberse dejado llevar de la cólera y des-

cubierto quizá demasiado, y bajó el brazo lentamente.

—Salga usted, dijo señalándole la puerta.

Santiaguillo no esperó á que se lo dijeran dos veces.

—¡Oiga usted, venga aquí! exclamó el aristócrata impetuosamente.

El escribiente curial se paró en medio del gabinete, dió media vuelta, y se acercó á su amo, aunque con cierta timidez y mirándole de reojo.

El duque le llevó aparte, cerca del hueco del balcón.

—Y á él, al que iba con la señora, ¿no le conoció usted?

—No, señor, ni en toda mi vida le he visto, contestó el pobre lacayo electo. Confieso mi ignorancia, pero todo no lo he de saber. Dé vucencia una docena de mojicones, si le place, á este su muy humilde servidor, porque los tengo muy merecidos.



VII
REVISTA
DE GENTE ALEGRE.

La vida de casi todas las jóvenes que

trabajan para tiendas ofrecería muy pocos lances dignos de referirse, si no abundasen en las grandes poblaciones tipos como el de don Andrés y las infinitas variedades que se derivan del camastrón bajo mil formas distintas, pero con el mismo fondo. Los piratas callejeros son los que se encargan de trastornar la vida monótona y acompasada de las que pasan los mejores y más floridos años de su juventud ganando el pan de cada día á fuerza de un trabajo penoso, que nadie aprecia, porque tales entes desalmados, tendiendo sus redes á las cándidas palomas, siembran de vez en cuando alguna aventura y alguna emoción en las que pasan uno y otro día, siempre igual, siempre trabajando; pero como las aventuras y emociones que los galanes de callejuela proporcionan son bastante desagradables para las que en ellas desempeñan el papel de víctimas, valiérase más á las desdichadas la perpetua monotonía, que la distracción.

El pirata callejero, rara vez ó nunca empeña su corazón en un lance amoroso; si lo empeña alguna vez, es cuando ya va siendo viejo y no tiene más remedio que cortarse la coleta. Entonces cae en el garlito; pero egoísta consecuente y encanallado contumáz, no es sin su cuenta y razón, porque nada sacrifica en realidad cuando la fuerza de las circunstancias, la edad y los achaques le obligan á retirarse, y en cambio sale ganando como siempre, porque hace de la querida que le enganchó y fijó, una criada, un ama de llaves, por lo regular una enfermera, una hermana de la caridad que cuida de sus goteras y lacras.

Fuera de estos casos, la víctima elegida por los camastrones no es otra cosa más que el capricho de un día, el amor casual que se extingue con la posesión, y aún á veces antes, si el pirata ya es muy corrido y se halla hastiado. Para estos séres que la lujuria aborta sobre el mundo, no hay

virtud sólida ni mujer segura; á todo se atreven, y abordan á una joven honrada lo mismo que á una ramera; de todo dudan, y creen que la virtud es para el bello sexo una simple cuestión de temperamento, como ha dicho un escritor francés que debió pertenecer á la clase de los camastrones, y que toda mujer tiene su cuarto de hora, siendo el más afortunado el que le sorprende y aprovecha y hasta despierta y desarrolla; que creen que no hacen daño, porque en el mundo se está para divertirse lo que se pueda, y que las cosas que no se conocen despues en la cara, pueden pasar como si no hubiesen sucedido; que todo el mundo debe cuidar de sí propio y que ellas no sean tontas y se guarden, que esa es su obligación, y si así no lo hacen, que luégo no se quejen: con otra colección de máximas acomodaticias hechas de encargo por los mismos que las practican para encubrir sus fechorías de algún modo.

Para los camastrones y piratas se inventaron indudablemente, más que para amantes desamparados y sin asilo, casas de albergue como la casa tipo y modelo de la calle de Panaderos. Casas de las cuales se cuentan centenares en Madrid, lo que revela que la industria es lucrativa, aunque ninguna de ellas, forzoso es declararlo con lealtad, puede competir en primores y organización, y otras infinitas buenas cualidades que la recomiendan á las personas sensatas de ambos sexos, y sobre todo á los y á las que andan á salto de mata.

Lucrecia olvidó bien pronto aquel lance que le puso al borde del abismo, porque la gente joven conserva poco en la memoria los disgustos y sucesos desagradables, y á su buena mamá sucedió lo mismo; porque aunque no era joven para olvidar, era de excelente pasta para hacerse el cargo de que los hombres son muy malos hoy día, y que hoy, ayer y siempre,

los hombres, como malos que son, sólo procuran engañar á las mujeres, y que en las mujeres está el no dejarse engañar. Véase por qué extrañas anomalías, las ideas de una madre que se hace el cargo de lo que es el mundo, y las de un camastrón que tiene el mundo por posada, pueden venir á converger y estar de acuerdo.

Las dos mujeres vivían ya descuidadas, considerando que todo lo sucedido á la puerta de la dichosa casa no fué más que una nube pasajera, sin otros resultados que temer para lo sucesivo. En parte tenían razón, pero por completo no la tenían.

Los camastrones presentan, como hemos dicho, muchas variedades, y unos son más temibles que otros, y son más temibles cuanto parecen más mansos, porque son más hipócritas. Puede aplicarse á ellos aquello del agua mansa.

Don Andrés, el duque del Carrascal y don Facundo, son la personificación

de las tres variedades más principales del género referido.

Don Andrés era hombre de resoluciones prontas, sin muchos preparativos ni preliminares, porque al menor contratiempo se desanimaba y dejaba el campo libre. Esto consistía en que, tratándose de eventualidades amorosas, opinaba que el tiempo es oro, y que se pierde lastimosamente con las conquistas difíciles, porque aún en el caso más favorable de conseguir el triunfo, resulta que por otro lado se podía haber conseguido cuatro ó cinco triunfos fáciles, y como cuestión numérica, es indudable que aún ganando se sale perdiendo. Si no se ha de ir por la calle haciendo el oso y llamando la atención de los transeuntes, hay que sacrificarse y buscar en un café más ó menos oscuro y retirado, lugar á propósito para abrir las paralelas y establecer las baterías, y hay que tomar y pagar á razón de dos cafés, el de conquista con tostada, por sesión, por lo

que no tiene cuenta que las sesiones menudeen con una misma conquista, por razones que no es necesario explicar, porque á cualquiera se le alcanzan. Bueno es que un hombre que puede, porque sus bienes de fortuna se lo permiten, tome su café correspondiente para regalo de su cuerpo, que el placer y el vicio le aconsejan todos los días que tiene el año, y que enamorado prójimas pelo á pelo, como vulgarmente se dice, ó cotizando el amor á la par, según lenguaje burocrático, pague trescientos sesenta y cinco cafés con medias tostadas en el trascurso del propio tiempo, para conseguir de la parte convidada la recíproca que espera. Todo esto es corriente y puesto en el orden; pero piensa con mucha cordura y sensatez, y da pruebas de excelente positivista y hombre que sabe lo que le interesa, aquel que procura que los trescientos sesenta y cinco convites (no siendo bisiesto el año) se repartan entre el mayor número posible

de convidadas, de tal modo, que el negocio verdadero es que, repartidos los cafés en buena division aritmética como dividendo, entre las prójimas como divisor, resulte la unidad por cociente.

Esta clase de máulas son los de mejor género, aunque á primera vista parezca lo contrario; porque si la mujer que es objeto de sus miras es virtuosa, escapa con facilidad de sus asechanzas, pues como queda dicho, no es tenaz por temor á perder el tiempo, los cafés y las tostadas. Quiere que todo marche á paso de carga, y hasta se alegraría que la moda y la costumbre estableciesen el uso exclusivo de la mímica para hacer el amor. Un simple guiño de ojos, como diciendo: «¿Vamos?» y por respuesta un mohín equivalente á «no hay inconveniente por mi parte,» ó á «no me da la gana.» Hasta cinco minutos de floreo llegan á ser insoportables al camastrón de esta especie, que si abdica de sus costum-

bres y se retira de la vida airada antes de los achaques y edad, es porque llega á fastidiarle dar y recibir conversaci3n. Raz3n no le falta, porque efectivamente est3 hastiado de repetir siempre las mismas coplas, si no de oir siempre la misma canci3n. El tema es igual un d3a y otro; parece que *ellas* est3n cortadas por un patr3n. El casero que amenaza con el desahucio; la casa de empeños que se ha tragado todo lo empeñable; un compromiso muy fuerte para aquel mismo d3a; un apuro del momento, y que no hay á quien dirigirse con m3s franqueza; un vestido, abrigo, sombrero 3 mantilla que hace ya dos meses que se encarg3, y que dir3 la modista por qu3 no se ha ido á recoger; esto por un lado. Por otro, una mam3 enferma y tres 3 cuatro hermanitas menores; la maestra del taller que la ha despedido hace quince d3as y por m3s que se busca no se halla donde trabajar; un padre que est3 cesante con todos los ministerios y nun-

ca le colocan; un marido que no sabe ganar dos reales para cubrir sus obligaciones y tener á su mujer con el decoro debido, ó un marido que es verdad que gana los dos reales, y áun cuatro, ocho y veinte, pero no lo bastante para cubrir las necesidades en un Madrid, donde todo está tan caro; ú otro marido bribón que todo se lo gasta con una bribona de querida, por lo cual está dispuesta á ser querida de otro, aunque sea marido de otra; hasta un hijo loco y disipador que pone á una madre, todavía de buen ver, en el caso de pagar facturas y atropellos... Estas historias las ha oido el camastrón millares de veces, por pocos años que lleve de ejercicio; así es que le hacen poca mella y las oye como quien oye llover.

Estas historias son las que le tienen ya solemnemente fastidiado y aburrido, y por lo que aceptaría con entusiasmo el *lenguaje* gráfico y expresivo de los sordo-mudos. Se dirá que esto

se encuentra con las rameras de cartilla; pero es el caso que al camastrón no le gustan las prostitutas de oficio, las declaradas como tales, porque dice que exponen á muchos riesgos.

Estas historias, unas veces son verdaderas y otras son falsas. El talento del camastrón consiste en saber distinguir unas de otras, lo que no es difícil con la práctica, ayudada de ciertas dotes especiales. Si la historia es falsa, es tiempo perdido cuanto se gasta en galantear, porque la plaza es fuerte y no se ha de rendir sino por capitulación, y la capitulación es una sangría al bolsillo del pirata, y el pirata no quiere sangrías, sino que le quieran por su linda cara, y á lo sumo por un café con media de abajo. Debe desfilarse y dejar la empresa por imposible, é irse con la comisión á otra parte, pues es evidente que se ha topado con un *pirata hembra*, que sabe tanto ó más que el *pirata macho*; que ha sáldido á la calle á caza de gangas

lo mismo que el otro y con más empeño, porque la necesidad apremia y que no es fácil venir á una buena inteligencia entre dos que se han propuesto, uno tomar y no dar, y otra no conceder sin que antes la concedan. Estas palomas corridas, al oír las protestas de amor, dicen que obras son amores y no buenas razones, y que lo que quieren son pruebas; llamando pruebas, no á los suspiros y centinelas en las esquinas, sino á las materiales, expresadas en buena moneda de plata vellon. El pirata consumado procura que la conquista se declare pronto y manifieste si es partidaria de las *pruebas*, á ser posible á los cinco pasos del abordaje, para dar las buenas noches y marcharse por la otra acera, y así se puede ahorrar el café de aquel día y la saliva de aquella aventura. Si la historia es verdadera, ya es muy distinto, porque entonces *ella* es más confiada y fácil; el deseo de mejorar de suerte le pone en el caso de no des-

perdiciar la proporción que puede ser buena, accede más pronto, sin rodeos y sin pedir las dichas *pruebas* por adelantado, y sirven de pasto al pirata, pues entre esta clase es donde hace su agosto. Las aventuras galantes de esta especie son las que con más frecuencia van á tener su desenlace en la calle de Panaderos y otras calles.

El duque del Carrascal es el camastrón del que podemos llamar segundo género, no por jerarquía ni preferencia, sino por clasificar la especie de cualquier modo. Es más delicado de gusto que don Andrés, y no persigue á todas las faldas sin distinción, sino á aquellas que le flechan, que no son todas, aunque suelen ser muchas; por lo tanto, es un poco más temible que el anterior, porque no es tan avaro del tiempo, y puede ser más perseverante y poder triunfar de las virtudes algo sólidas. Más fino para expresarse, se vale de la palabra como de un arma poderosa; y más generoso

y espléndido, derrama el oro por igual á las historias verdaderas que á las falsas, porque le es indiferente, con tal de lograr su objeto. De esta manera consigue que si la conversación le fastidia ó se encuentra con poco humor de hablar, que la otra parte se lo hable todo y se despache á su gusto, porque nada hay tan locuaz como un pretendiente que conoce que á fuerza de charla ha de salirse con la suya. Resulta tambien, que verdaderamente no engaña, pues celebra un contrato que por su parte cumple lealmente, y aunque no vuelva á parecer más y llegue un día en que se encuentre en la calle con su amante de cuatro días, ésta no se da por agraviada, le saluda cariñosamente y le pára para tener con él un ratito de amistoso palique. Los duques de los Carrascales, duques ó no, son siempre bien mirados de las busconas, y hasta de las virtudes á medio uso, porque se portaron bien y nada hay que echarles en cara. Algunas veces

este género, si tropieza con virtudes sólidas, muestra tenacidad y usa de armas prohibidas, por lo cual queda calificado de temible; pero de ordinario no lleva las cosas á punto de lanza ni se obceca hasta perder el sueño y el apetito. Puede sucederle que se retire inspirado por un movimiento de lástima, si se trata de una joven honrada y pobre á quien indudablemente perderá, ó porque cualquier acontecimiento de su vida ó de sus negocios que le interese, le distraiga del capricho.

El temible en sumo grado es don Facundo y los que forman en el mismo grupo de gente camastrona. Este tipo es el verdadero gavilán, que acecha con paciencia, persigue infatigable y cae de improviso y sobre seguro. Es frio, calculador y tenaz en el empeño, sin que le arredren los obstáculos ni encuentre imposibles en su carrera. Gastará mucho tiempo, pero se saldrá con la suya. No es un pirata,

en el verdadero sentido de la palabra, pero puede incluirse en el gremio, porque se dedica á la persecución y abordaje de pasajeras pacíficas, aunque en pequeño número, porque el número y el tiempo están en razón inversa en esta clase de proporciones.

Los piratas y camastrones como don Facundo, no saben el camino de la calle de Panaderos; pero como le aprendan, son capaces de cualquiera atrocidad, porque sus tiros no se dirigen nunca contra palomas que cuentan historias falsas ni verdaderas, sino contra infelices que nada tienen que contar hasta entonces, y cuentan después una historia lastimosa, no falsa, sino muy real y verdadera desgraciadamente.

Ocupados constantemente en los negocios que forman la base de su profesión, encomiendan á terceras personas la formación y trámites del expediente, personas que desempeñan el cometido á las mil maravillas, por

la ganancia que les reporta y la práctica que tienen; y cuando el camastrón da el golpe, le da sobre seguro, con toda la energía del que no ha gastado sus fuerzas en preliminares, paralelas ni baterías.

Don Andrés, el duque y don Facundo, tales eran los tres enemigos de la joven costurera. El primero podía considerarse ya como fuera de combate, pues derrotado en sus comienzos, no era de temer renovara su empresa por falta de tiempo, de humor y de carácter, á menos que una nueva ocasión se le presentase tan propicia, que considerase la aventura como nueva. El segundo, de un momento á otro podía también renunciar á su propósito si su espíritu encontraba asunto más formal, aunque fuese de índole distinta. Quedaba el tercero, el más temible como queda dicho, que indudablemente redoblaría sus trabajos de zapa cuantas más dificultades se le ofreciesen, y que había de causar

disgustos con su temerario empeño.

Pero ninguno de los tres preocupaba seriamente á Lucrecia. A la mamá le preocupaba el comerciante, pero por amor á su hija, creyendo la buena mujer que el hombre se llevaba buen fin, y que el término sería la iglesia y el registro civil. Así es que no cesaba de provocar la conversación cuantas veces la ocasión se presentaba; y es de advertir que la ocasión era con frecuencia provocada por ella.

—Hija mía, decía una tarde mientras que la niña trabajaba y ella ayudaba en lo que podía y sabía; no puedes imaginarte cuánto placer tendría en que estuvieses bien y sin necesidad de atarte tanto para ganar un miserable jornal.

—¿Y qué remedio, mamá, respondió la joven, si somos pobres?

—Es cierto, pero el mundo da muchas vueltas, y como ya te he dicho varias veces, una joven que es honrada y tiene buen palmito, puede aspi-

rar á una buena posición, si encuentra un hombre de bién que sepa apreciar su belleza y buenas cualidades.

—Tambien yo lo he oido y leido en algunas novelas, lo cual me ha entretenido mucho y hecho palpitar el corazón de gozo. Se han visto ejemplos de pastorcillas que se han casado con reyes.

—Tanto no digo, porque reyes hay pocos, y muchachas pobres y bellas hay por centenares; pero tampoco hace falta un rey ó un príncipe para casarse y ser feliz.

—Eso digo yo, mamá; que la felicidad no consiste en el dinero, y que para casarse lo principal es querer.

—Mucho hace, pero no es suficiente, porque no se vive sólo con pan y cebolla. Vamos á ver; yo soy tu madre y tu mejor amiga, y tengo derecho á tu confianza. Dime: ¿qué cualidades ha de tener el hombre para agradarte?

—Pues... que me agrade, y nada más.

—Quedo enterada con la respuesta, replicó picada la mamá. Mi pregunta es qué posición social es la que más quisieras que tuviese tu futuro marido.

—Pues, mira, mamá, te soy franca; jamás he pensado ello.

—No hay dos como tú. A tu edad, todas las muchachas sueñan con amores, y se forjan en la imaginación la figura y demás circunstancias que más las enamoran, y que desearían adornasen al hombre que las pretendiese.

—Eso sí, yo también lo he soñado despierta.

—¿Ves lo que te digo? Vamos á ver cómo te le has figurado. Voy á ayudarte á ver si adivino. En primer lugar, un hombre honrado, ¿no es así?

—Eso desde luego.

—Que aunque te doble la edad, no importa.

—Nada de eso; me importa, y mucho; quiero que tenga pocos, muy pocos años más que yo.

—El hombre nunca es viejo.

—Vaya que sí; cuando lo es.

—Y aunque se acerque á los cuarenta, puede decirse que está en la flor de su vida.

—Pero ya cerca de marchitarse la flor dichosa. En eso, mamá, sí que no transigimos.

—Ideas de locuela, que ya modificarás á medida que vayas conociendo el mundo. Conviene que el mariño tenga ya sentada la cabeza y haya corrido las siete partidas, para que no tenga todavía dentro del cuerpo la carrera á galope que todo hombre tiene que dar, y que más vale de joven que de viejo, de soltero que de casado. Pero á todo esto, observo que te encierras en la mayor reserva. ¿Tienes tu corazón ocupado?

—Pudiera ser.

—Muy bien, perfectamente: ¡y yo sin saber nada! ¿Te parece eso regular?

—Perdóname, mamá, pero hasta ahora no es más que un sueño.

—¿Y puede saberse quién es el favorecido?

—Ahora no; pero no tardarás mucho en saberlo: yo te lo prometo.

—¿Secretitos, eh? ¿Y con su madre? Eso no está bien hecho, hija mía.

—Mamá, no te enfades; si nada te he dicho, es porque me causa vergüenza.

—Pero al menos su nombre...

—Hoy no... otro día.

Afortunadamente para Lucrecia, llamaron en aquel momento á la puerta del sotabanco.

Doña Melchora se levantó y abrió la puerta.

Los que aparecieron á la entrada eran dos sacerdotes, vestidos con sus ropas talaras, que saludaron cortésmente, parándose hasta ser invitados para pasar adelante.

Lucrecia se levantó rápidamente al verles, y no pudo reprimir una exclamacion de alegría.

—¡Rogelio!

Uno de ellos era efectivamente su compañero de infancia. El joven seminarista tendría diez y nueve á veinte años, era alto, bien formado, moreno, de grandes y rasgados ojos negros, de bellas y expresivas facciones, y de continente demasiado expresivo para la profesión que había abrazado. Pero era su carácter tan amable, dulce y bondadoso, que lo eclipsaba, y conseguía que el severo traje negro no desdijese de su persona.

Al otro ya le conocemos; era el tío de Santiaguillo, el reverendo padre Petavio, canónigo de la catedral de Toledo y profesor particular del joven, que aunque estudiaba en el seminario, le repasaba las lecciones y le servía de protector por encargo de los padres, que eran antiguos amigos y le habían confiado á su paternal solitud.

El padre Petavio era un pobre hombre, que tenía sus defectos, como los tiene todo el mundo, sobre todo en

el extremo de la gula; que no había inventado la pólvora, pero que en el fondo era de excelente pasta, principalmente después que había comido bien y dormido su siesta á la antigua española.

Pasados los primeros saludos y ceremonias, doña Melchora pidió permiso por un momento y pasó á la cocina para avivar el fuego y arrimar la chocolatera. Admirable maniobra que revela su instinto de mujer que conoce la calidad de los visitantes, y por ella el medio mejor de serles agradable.

Si la mamá hubiese sido un poco más perspicaz de lo que era realmente, al observar la expresión que tomó de repente el semblante de su hija al ver entrar al eclesiástico y al estudiante, y precisamente en el momento de querer saber por quién latía el juvenil corazón, no hubiera necesitado repetir en adelante su pregunta, porque en los ojos de uno y otro lo hubiera leído. Pero se preocupó con la intem-

destiva visita y la idea del chocolate, y no paró mientes en nada.

Volvió en seguida, después de dejar en regla la cuestión de la cocina.

—Vaya, vaya, cuánto me alegro ver á usted por aquí, querido Rogelio, dijo sentándose cerca de los recién llegados. ¿Y se viene por mucho tiempo? ¿Ha concluido usted sus estudios? ¿Se ha ordenado usted?

—Todavía no, señora, respondió el seminarista; pero será en breve, si no me dan calabazas en el exámen.

—¿Qué han de dar? repuso la buena señora con la mayor convicción. ¡Pues no faltaba más que á un joven como usted, que siempre ha sido tan aplicado y tan bueno!... Dispense usted la pregunta: ¿este señor sacerdote es alguno de los superiores de usted?

—Soy su encargado, dijo el padre Petavio. Sus padres han depositado en mí su confianza, y yo velo por el joven para que aproveche el tiempo y

no se eche á perder con malas compañías, que tambien allá en Toledo las hay, como puede haberlas en Madrid.

—Tiene usted razón, repuso la mamá; en todas partes hay mucho malo, y hoy día hasta en la última aldea. El mundo está pervertido y lleno de maldad.

—¡A quién se lo cuenta usted, señora! replicó el eclesiástico; á mí, que he sido tantos años capellan de monjas.

Doña Melchora, al oír esto, se levantó de nuevo, y esta vez fué para salir de casa con disimulo, y de una carrera ir á la inmediata confitería por dos onzas de bizcochos. Un reverendo que ha sido capellan de monjas, no toma nunca el chocolate con pan, sino con buenos bollos, roscones ó bizcotelas.

—Decíamos, pues, prosiguió cuando estuvo de vuelta y sentándose de nuevo, que el mundo está...

—Como si dijéramos patas arriba,

interrumpió el canónigo; sólo viven los pícaros, á pesar de que yo no tengo queja, como que me encuentro sano y robusto.

—Lo que es picardías no faltan, repuso la mamá, que al parecer disertaba sobre tema de su gusto y no trataba de variar de conversación; no tiene usted más que leer *La Correspondencia*.

—Señora, no tengo tiempo para ello, y luégo que bastantes paparruchas le cuentan á uno sin necesidad de gastarse cinco céntimos. Figúrese usted, que un día con otro no bajan de veinte viejas las que suelo confesar allá en Toledo. ¡Digo, si sabré yo chismes de vecindad y majaderías!

—Ya, ya; no sé cómo tienen ustedes paciencia.

—Calle usted, señora; no sé cómo tengo cuerpo para resistirlo. A ciertas personas debería llevárseles, por lo menos, dos reales por la confesión.

—Es verdad, pero entonces no se

confesaba ni un alma, dijo cándidamente doña Melchora.

El reverendo empezó á bostezar con la mayor franqueza. La mamá conoció el síntoma y se levantó por tercera vez para dar prisa á la chocolatera.

—¿Y á qué debemos el gusto de esta visita, Rogelio? dijo Lucrecia bajando los ojos y poniéndose como una cereza.

—Habiendo venido á Madrid para asuntos eclesiásticos del mayor interés, encomendados á mi digno maestro, aunque por breves días, no era posible que dejara de visitar á ustedes, á quien tanto aprecio. Al fin su mamá me ha conocido nacer y me ha demostrado siempre el mayor cariño.

La joven costurera hubiera querido que el estudiante de teología la hubiese incluido al lado de su mamá.

—Nosotras hemos ido pocas veces á ver á tus papás, Rogelio, como lo hubiéramos deseado, pero el trabajo apenas nos permite alguna hora que

dedicar á cumplir con otras obligaciones, de modo que tal vez habremos faltado.

—No, al contrario; mamá me ha hablado ya de ti, y conoce que no te es posible distraer el tiempo de tus ocupaciones. Está ya bastante anciana y achacosa y vive tan lejos de aquí, que á no ser de este modo, ya hubiera venido ella á visitarte varias veces, porque á las dos os quiere.

El canónigo entre tanto miraba con curiosidad cómo funcionaba la máquina de coser.

--El diablo debe andar por el mundo, dijo interrumpiendo una conversación en la que no tomaba parte, según lo que un día y otro se va inventando. Ya no me queda más que ver; una máquina que cose sola, es decir, sola completamente no, porque según veo, hay que empujarla con el pié; pero en fin, hay comodidad y luego que cose á escape, diez veces más de prisa que á mano. ¿Qué te parece, Rogelio?

—Que si estas invenciones fuesen favorables al pobre, nada tendría que decir; pero lo dudo mucho.

—Pues no me cabe duda que se cose más de prisa, porque lo estoy viendo. ¡Ojalá se inventase para nosotros algo parecido!

—¿En qué forma, padre mio? No veo qué aplicación puede tener...

—¡Friolera! para lo que antes decía, para confesar viejas. Con una máquina á propósito, se despachaban dos docenas en un minuto.

Doña Melchora apareció triunfalmente, trayendo en la mano una bandeja con el chocolate y los bizcochos.

—Ruego á ustedes que dispensen la cortedad del obsequio, dijo al entrar, procurando de paso el equilibrio; pero me ha pillado desprevenida y no puede ser otra cosa. Valga la buena voluntad, que quien esto ofrece, vida y corazón daría si fuese necesario por honrar tan buenas visitas.—Lucrecia,

arregla el velador á fin de que pueda poner esto encima.

—¡Oh! mi buena señora, dijo Rogelio: ¿por qué se toma usted tanta molestia? Gracias, no tenemos apetito.

—Mira, tú habla por ti y deja á los demás, interrumpió el canónigo. Ya que esta señora se ha molestado, no es cosa de hacerla desaire.

—Dice muy bien su reverencia, apoyó la mamá; un chocolate se toma á cualquiera hora.

—Tiene usted razón, yo digo lo mismo, replicó el padre Petavio, liándose al cuello una servilleta. Debían canonizar á todos los que descubrieron la América. ¿Estarán tiernos estos bizcochos?

—Creo que sí, contestó doña Melchora; pero no lo puedo asegurar, porque no los he probado.

El respetable varón no se dió por entendido; pero Rogelio, más galante, ofreció uno impregnado en el chocolate á la mamá, y despues otro á la

niña. Si el padre Petavio reparó en el agasajo, no se puede asegurar, pero sí que no le imitó, pensando cuerdamente que con dos sopas buenas quedaba temblando la jícara.

—Lo que se me ha olvidado preguntar antes, es si á su reverencia le gusta con canela ó sin canela.

—Me es igual; yo jamás reparo, contestó el padre reverendo: lo principal es que el cacao sea bueno y esté tostado en su punto y bien molido, que el azúcar sea de primera y que no se introduzcan en la mezcla sustancias extrañas. Tales falsificaciones deberían castigarse con pena de muerte.

—Pues si así se hiciese en este Madrid, todos los días había que ahorcar una docena, replicó la mamá.

—Este chocolate, lo más es de á seis reales, observó el canónigo.

—No llega, reverendo padre: es de á cinco solamente. Los pobres no podemos tomar otro.

—En Toledo le tomo de á tres pe-

setas y aquello sí que es cosa exquisita. Si no estuviera tan lejos, mandaría á ustedes una libra para que lo probasen.

—Muchas gracias: ¿para qué se ha de incomodar usted?

—Repito que está lejos, así es que no hay incomodidad que valga. ¿Qué es eso, Rogelio, lo dejas ya?

El joven seminarista, efectivamente, dejaba la jícara á medias.

—Sí: ya he dicho que no me sentía en disposición, pero porque estas señoras no se ofendiesen...

—Pues yo he de apurarle, y eso que he comido más tarde que tú. Estos jóvenes del día no valen para nada.

Y se echó á pechos el fondo de la jícara, despues de agitarla para reunir el resto en un solo punto.

—Que Dios se lo premie á usted, buena señora, dijo despues de beber un vaso de agua y limpiarse la boca con la servilleta. La verdad es que ya me sentía desfallecido, y esto parece

que me reanima. Es sorprendente las ganas que se hacen de comer á cada minuto en este Madrid. Yo lo atribuyo á las aguas.

Lucrecia procuró dar otro giro á la conversación.

—¿Con que dices, Rogelio, que ya pronto cantarás misa?

—Ese es el mayor deseo de mis buenos padres, contestó el joven de una manera evasiva, como si comprendiese la intención de la pregunta.

—Si yo hubiera tenido un hijo, dijo doña Melchora, también me hubiera alegrado mucho que hubiese sido cura.

—Es lo que hay que ser, añadió el padre Petavio, aunque el oficio se va echando mucho á perder. Ya no es lo que era antes, porque va habiendo poca religión.

—Aquí sucede como en todo, dijo juiciosamente Rogelio; es cuestión de suerte, pues unos prosperan, ocupan puestos distinguidos y se elevan á las

más altas jerarquías, y otros se mueren de hambre.

—Así es como dice el muchacho, apoyó el canónigo. Los príncipes de la Iglesia están como príncipes verdaderos, y no toman chocolate de á cinco reales, mientras que los pobres clérigos de misa y olla, saltatumbas que llamamos, no le toman tampoco de á cinco reales, ni de á ningun precio, sino que se desayunan con un trago del botijo. Así es el mundo, y qué le vamos á remediar: no hay más que dejarle como le hemos encontrado.

—Rogelio tiene talento, según dicen todos, y algún día puede verse obispo, dijo doña Melchora.

—Todo puede suceder, que de menos nos hizo Dios, replicó el canónigo; pero la verdad es que llegan muy pocos, y con las mitras sucede lo que con otras cosas que no son mitras, y es que vienen á dar calorcillo á las molleras, no por el seso que contienen, sino por la influencia con que

cuentan sus propietarios. Pero la tarde avanza y todavía tenemos muchas cosas que hacer.

Diciendo así, el padre Petavio se puso en pié, imitándole Rogelio.

Entonces doña Melchora reparó que este último había apenas probado el obsequio, y le riñó amistosamente.

—Este señor, añadió, se ha portado mucho mejor que usted.

—Yo soy así, replicó el canónigo; ó me pongo ó no me pongo, y de ponerme por completo, desde el *introito altare* hasta el *ite missa est*.

—Supongo que por lo menos antes de marchar de Madrid, vendrán ustedes á despedirse, dijo la mamá.

—Descuide usted, señora, que no faltaremos, replicó el padre Petavio; pero no podemos asegurar cuándo será, porque el asunto que nos ha traído á Madrid es muy enojoso y embrollado, de modo que no es fácil asegurar cuándo le terminaremos, lo que me tiene de muy mal humor, pues es-

toy deseando dar la vuelta á Toledo y entrar en mi vida ordinaria de comodidades.

Rogelio no dijo nada, pero sus ojos se encontraron con los de Lucrecia; se preguntaron y se respondieron, porque sus almas se comprendían sin hablarse.

Cuando las dos mujeres se vieron solas, dijo doña Melchora con su acostumbrada locuacidad:

—¿Sabes que Rogelio está muy guapo?

Lucrecia fué del mismo parecer; como que ya hacía tiempo que tenía hecha la misma observación.



VIII

DÁDIVAS QUEBRANTAN
PEÑAS.

El duque del Carrascal era una mez-

cla extraña del bien y del mal, luz y sombra, compuesto abigarrado de malas pasiones y actos sublimes, hastiado del mundo, sin creer en el vicio ni en la virtud, sin amar ni aborrecer, sin cuidarse de nada, excepto de una cosa, de la cual era rigorista observador: del preclaro nombre de sus blasones, de su honra aristocrática, tal cual él la entendía.

Desde la noche que desempeñó el papel de salvador de Lucrecia interponiéndose entre ella y el camastrón al borde del abismo, se colocó en una situación difícil respecto de la joven costurera, pues sería chocante que pretendiese lo que en otro había estorbado. Decidió en un principio desistir de su empresa para completar su noble conducta; pero á la noche siguiente y otras y otras, arrastrado por una fuerza invisible, fué á situarse á la calle de la Montera, frente al establecimiento comercial de don Facundo. Y por espacio de algunas noches, su

papel se redujo al de simple espectador, no descendiendo jamás al de escolta. Cuando reflexionaba sobre lo que le sucedía, se reía de sí mismo, pues ni el amor platónico de un colegial novato podía compararse al suyo, ni contentarse con menos. Esta reflexion despertó su amor propio, y para no tener que avergonzarse de proceder como novato colegial, una noche formó empeño decidido de acometer seriamente la aventura. La joven era lindísima, y bien merecía la pena de dedicarla un empeño; pero lo que más le impulsaba era su orgullo de conquistador.

Mandó á Santiaguillo que le siguiera, y ambos fueron á colocarse á la puerta de la tienda, á la hora conveniente.

El nuevo lacayo conocía á don Facundo, según dijo al señor duque, aunque en realidad sólo había hablado con él una vez, y el aristócrata señor recordó esta circunstancia.

Lucrecia y su madre no tardaron en llegar al comercio.

—¿Conoces á la joven que acaba de entrar en la tienda? preguntó el duque á su lacayo.

—¡Y tanto! respondió éste; como que, gracias á ella, recibí de vucencia la primera propina que cayó sobre mis espaldas.

—Es preciso que averigües dónde vive.

—¿Para enseñarla el camino de la calle de Panaderos? Ya le sabe, si es que no le ha olvidado.

—Y mañana, apenas me levante, pásate por mi despacho, que tienes que llevarla un recado.

Santiaguillo obedeció la orden, siguió á las dos mujeres para averiguar su domicilio, y al otro día, que por cierto el duque madrugó más que de ordinario, se presentó en el sitio que se le mandó, sin esperar á que le llamasen, vestido de toda etiqueta y dispuesto para salir.

Apenas le vió su amo, le hizo una seña para que se acercase, y tomando un pequeño estuche que estaba sobre un velador revuelto entre mil objetos diferentes, le dijo:

—Vas á llevar esto de mi parte á esa joven.

Abrió el estuche, y apareció una magnífica pulsera, obra de arte, que adornaba días anteriores el escaparate de una de las joyerías principales de la capital.

Santiago miró la alhaja abriendo los ojos desmesuradamente, como si quisiera adivinar el dinero que su valor representaba.

El duque cerró el estuche en seguida, y lo entregó á su lacayo.

—Espera un poco, añadió volviendo á su sillón cerca de la mesa; que voy á poner una carta para acompañar el regalo.

Al tomar la pluma para empezar la misiva, tropezó su mano y la dejó caer en el suelo, así como varios papeles.

Santiaguillo, como buen servidor, acudió presuroso á recogerlo todo, y para verificarlo más pronto, dejó el estuche sobre el velador. Despues volvió á su puesto y se oyó el rasguear de la pluma al escribirse la misiva de referencia.

Terminada la escritura, su excelencia la encerró en un elegante sobre y la entregó á su lacayo.

—No necesito recomendarte nada: confio en tu celo y discreción.

Santiaguillo hizo un movimiento de cabeza, como dando á entender que era la discreción suma, y muy listo para toda clase de encargos.

El sobre de la carta contenía estas palabras: «A la luz de mis ojos.» El lacayo la guardó juntamente con el estuche en el bolsillo interior de su levitón, y salió de la estancia.

Al cruzar por las habitaciones, le salió al encuentro la doncella favorita de la señora duquesa.

—Santiaguillo, le dijo: ¿vas á la calle?

El hombrecillo se detuvo, y respondió afirmativamente con la cabeza.

—Pues lleva esta carta de la señora, añadió la doncella; ponla un sello de franqueo para el interior, y échala al buzón.

El antiguo curial tomó la carta y la guardó juntamente con la otra y el estuche. En el primer estanco que encontró verificó el franqueo, y allí mismo la depositó en el buzón que estaba establecido para el efecto.

Después tomó á buen paso el camino de la travesía de Fúcar, y llegó á la casa de doña Melchora.

Ni la madre ni la hija reconocieron al pronto al honrado ciudadano que entregó religiosamente lo que se había encontrado, salvándolas de un compromiso.

Santiaguillo se encargó de despertar la memoria. La viuda se deshizo en cumplimientos y renovó las gracias por el servicio prestado, pero no se apresuró á pasar á la cocina para dis-

poner la chocolatera. Una cosa son lacayos y otra son curas.

—¡Cuánto nos alegramos ver á usted! porque, la verdad, le estamos muy agradecidas.

—Aquello no merece la pena, dijo el pobre hombre: y después de todo, ¿para qué lo quería yo? .

Esta observación podía desvirtuar algo el rasgo de honradez; pero nadie reparó en ello.

—¿Está usted en la servidumbre de alguna casa grande? preguntó doña Melchora reparando en el traje del lacayo, y que, como señora de edad, era extremadamente preguntona.

—Sí, señora, respondió Santiaguillo con mucho énfasis; soy lacayo *attaché*, esto es, lacayo de primera clase, agregado á las inmediatas órdenes y favorito de mi amo, el señor duque del Carrascal.

—Se me figura que he oído hablar algunas veces de ese título, dijo la

mamá, por decir algo; pero personalmente no le conozco.

—Su hija de usted debe conocerle, replicó el lacayuelo con maligna intención, pues no se habrá olvidado de cierta noche, de cierta calle y de cierto portal de cierta casa, donde un caballero impidió á otro cometer con ella un atentado, y á mí me sacudieron de lo lindo, pagando justos por pecadores. Algo de esto he contado á usted, señora, prosiguió Santiaguillo dirigiéndose particularmente á la mamá, si mal no recuerdo, en una tienda de la calle de la Montera, la noche misma que fuí á devolver lo que me encontré. Y por cierto que el dueño del comercio, el tal don Facundo, debe ser un tacaño muy grande, porque...

—Ahora caigo en la cuenta, interrumpió doña Melchora, para evitar que el lacayo prosiguiera expresándose respecto del comerciante de un modo inconveniente, y que causase mala impresión en su hija; ahora recuerdo bien.

Ya decía yo que á ese señor duque le había oído nombrar en alguna parte.

—Pues precisamente vengo aquí por encargo suyo.

Lucrecia, que hasta entonces no había desplegado los labios, dijo:

—Haga usted el favor de decir al señor duque que ignorando fuese él el que tan generosamente intercedió en mi auxilio, no hemos ido mamá y yo á darle las gracias, y que reparamos nuestra falta involuntaria enviándolas por conducto de usted.

—Cumpliré su encargo, y pueden estar tranquilas. El señor duque tendrá un verdadero placer cuando lo sepa; y en cuanto á generoso, pocos le ganan en todos terrenos. Aquí traigo una prueba de lo que digo.

Santiaguillo echó mano al bolsillo interior.

—Un magnífico regalo, cosa de precio, alhaja asombrosa, capaz de volver loca de alegría á la mujer más hermosa y exigente.

—¿Un regalo? preguntó la joven con extrañeza.

—Sí, señora, para usted, para la luz de sus ojos.

—Mamá, ¿entiendes tú esto?

—Hija, deja que lo veamos, y que el señor nos entere más.

—Por el pronto, sírvanse ustedes recibir este estuche que traigo, como digo, por encargo suyo. Usted, señora, como mamá y mayor de edad, sírvase tomarlo y enterarse de su contenido.

Doña Melchora tomó el estuche maquinalmente.

—Por ver las cosas nada se pierde, dijo procediendo á abrirle; pero la verdad es, que también á mí me extraña esta delicada atención de su excelencia, porque no veo motivo para ello.

Abrió el estuche, y exclamó asombrada:

—¿Qué es esto?

—¿Qué ha de ser? replicó Santiaguillo sonriéndose; una pulsera.

—¡Vaya una forma rara! añadió doña Melchora. Toma, Lucrecia, á ver qué te parece.

Y la buena señora soltó una carcajada.

El estuche contenía una boquilla para cigarros puros, que ya había servido para el caso, y que despedía el olor especial de la nicotina, tan desagradable para el bello sexo.

Santiago, al coger de nuevo el estuche de encima del velador, tomó uno por otro, y de aquí el chistoso *quid pro quo*.

—Se conoce que este hombre tiene gana de broma, dijo Lucrecia devolviendo la pipa al lacayuelo.

Este la rechazó diciendo:

—Es para usted; una expresión sin duda del afecto que mi amo la profesa. Haga usted el favor de aceptar el agasajo, pues mi señor es muy susceptible y se ofenderá si lo rechazase. Gástela usted con salud muchos años.

—Si el señor duque ha de ofender-

se, dijo la mamá, porque los caballeros como él no gustan de recibir lo que dan, en ese caso guárdela usted para su uso, que nosotras, á nuestra vez, se la regalamos.

—Muchas gracias, no lo gasto. Las cosas propias de las mujeres y que en ellas son un bello adorno...

No pudo proseguir, porque doña Melchora, sonriéndose, abrió de nuevo el estuche y le enseñó el contenido.

—¡Calla, qué es esto! exclamó el lacayuelo asombrado á su vez. Pues no me explico la trasformación. Es cosa de volverse loco. Aquí debe andar la mano de los timadores, pero no comprendo de la manera tan fina que me han dado el timo. Pido á ustedes mil perdones por esto que no sé cómo llamar; pero les juro que aquí hay un error que yo no me explico, pero que indudablemente ocurre algo de extraordinario y fuera de las reglas comunes.

Como madre é hija daban rienda suelta á su hilaridad, el pobre Santia-

guillo estaba más corrido que una mona; un sudor se le iba y otro se le venía, y no acertaba qué decir ni qué hacer.

—Repito que hay aquí alguna mano oculta, y que al cabo todo se descubrirá. Yo soy un hombre honrado, lacayo *attaché* de un personaje ilustre, y no soy capaz de una permuta como en el estuche ha practicado algún bellaco encantador; y para que ustedes se convenzan, lean esta carta que el señor duque me entregó al propio tiempo que su obsequio, y en la cual explicará indudablemente lo que en realidad debía contener el estuche, si no hubiese sufrido un cambio. Lean ustedes, lean ustedes; háganme este favor.

Lucrecia, vencida por tantos ruegos, abrió la carta, y leyó su contenido:

«Amor mio; esta noche, apenas oscurezca, no faltes á la cita que te doy para la casa que sabes en la calle de Panaderos.»

No contenía más, ni fecha ni firma siquiera.

Lucrecia, avergonzada, dejó caer el papel. La mamá quedó estupefacta.

—Esto es una desvergüenza, dijo por fin indignada la buena mujer.

—De eso no tengo yo la culpa, replicó Santiaguillo, y me lavo las manos. Yo soy mandado, y cumplo obedeciendo; pero se me ocurre que si la carta no dice más, se conoce que el señor duque escribe despacio, porque para un par de renglones lo menos empleó un cuarto de hora.

—Me parece, hijo mio, que aquí está usted demás, dijo doña Melchora, después de algunos momentos de silencio general. Tome usted, tome usted, añadió devolviéndole la carta y el estuche, y dígame de mi parte á su excelencia que su buena acción de antaño con ésta queda oscurecida.

—Señora, no hay que enfadarse, dijo el lacayo levantándose; aquí debe haber alguna mano oculta, no me

cabe duda, más aún, tengo la mayor seguridad. Lo digo por el estuche; en cuanto á la carta, bien puede ser que mi amo haya cobrado afición á la tal calle, porque en ella desempeñó el papel de andante caballero. Le contaré lo sucedido, y que se arregle con ustedes: yo ya he cumplido el encargo.

Volvió al bolsillo el estuche y la carta, y salió del sotabanco.



IX

¡CENTINELA, ALERTA!

Cuando Santiaguillo regresó al palacio ducal, su amoya no estaba en él. Era costumbre invariable en el señor du-

que salir todos los días después de almorzar, y como muchas veces comía fuera, no volvía á su casa hasta las altas horas de la noche. Aquel día fué uno de ellos: cuando volvió daban las dos de la mañana los relojes de la villa: y este suceso, que con tanta frecuencia se repetía, y que al parecer nada tenía de particular, fué en aquel caso concreto origen para él de profundos disgustos y consecuencias trascendentales, como vamos á ver.

A la mañana siguiente, apenas se levantó y pasó á su gabinete despacho, donde de ordinario se desayunaba, llamó á su fiel Santiaguillo, que inmediatamente acudió al llamamiento.

—Dame cuenta de la comisión que ayer te confié, dijo con la brevedad imperiosa que usaba siempre con sus inferiores.

—Todo se hizo perfectamente, respondió el lacayo; pero no ha dado el resultado apetecido.

El duque hizo un movimiento de sorpresa y disgusto.

—Por mi parte he cumplido bien, se apresuró á añadir Santiaguillo observando el movimiento de su señor, que solía ser señal de cólera; pero yo no tengo la culpa de haber sido mal recibido.

—¿Pues qué han dicho esas señoras?

—Pues han dicho que no fuman.

Nuevo movimiento de sorpresa del duque, que esta vez se quedó mirando fijamente á su criado.

—Explicáte más claro, majadero.

¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho y nada más, señor. Si quiere vucencia comprenderlo mejor, aquí traigo el estuche, y puede ver en lo que se ha convertido el regalo.

El duque tomó el estuche precipitadamente, y le abrió, quedando estupefacto al ver el contenido.

—¿Y la pulsera que te dí? responde, preguntó colérico.

—¿Yo que sé, señor? respondió Santiaguillo. Lo único que puedo decir es, que reconozco y confieso que cuando vucencia me entregó la cajita, efectivamente contenía la alhaja que dice, y que ví por mis propios ojos, que la guardé en el bolsillo, en el interior, y con la ropa abrochada hasta el cuello, y que después, cuando la entregué á las señoras y la abrieron, ví tambien con mis propios ojos que se había convertido en una pipa de fumar cigarros puros. Cómo se ha hecho la transformación, es lo que yo no puedo explicar; pero aquí debe haber una mano oculta como digo yo, y como dirá cualquiera que tenga dos dedos de conocimiento.

El duque no pudo por menos de estallar.

—¡Miserable! gritó apretando los puños y tirando al suelo pipa y estuche. ¿Habré tropezado con un ladrón? ¿Habrás tú robado la pulsera y ahora quieres representar el papel de idiota?

Santiago, más muerto que vivo, cayó de rodillas, y exclamó juntando las manos y con voz suplicante:

—¡Ah! señor; ladrón, no, nunca; idiota, todo cuanto quiera vuecencia. Yo soy un hombre honrado, incapaz de ensuciarme las manos con todos los tesoros del mundo, y tengo hechas mil pruebas de honradez, como puede presentarlas el más hidalgo y linajudo. Para informes de mi conducta, acúdate al comercio de don Facundo, calle de la Montera.

—¿Te quieres callar, menguado?

—Allí, tanto él como todos sus dependientes mayores y menores, certificarán que Santiago Barretas y Perejil se ha conducido devolviendo lo que se encontró y pudo guardarse sin responsabilidad, cuando hacía cuarenta y ocho horas que no había comido más que un mendrugo de pan y una raja de sandía que compró por un cuarto en la plaza de Herradores, en un puesto que hay bajando á mano iz-

quiera y antes de llegar á la pastelería de Botín.

El duque, á pesar de su mal talante, no pudo por menos de sonreirse al ver tanta honrada sencillez, y una vez más apaciguado, recogió de nuevo la boquilla, y entonces reparó que le pertenecía. Arrojó después una mirada sobre el velador, y viendo sobre él el estuche de la pulsera, comprendió el cambio.

—Me has puesto en ridículo con unas señoras, dijo con acento más templado; pero, en fin, no eres un ladrón, como pensé en un momento, y como hubiera pensado cualquiera. Mira la alhaja, y ahora te explicarás la causa de tu majadería.

—¡Ah! señor, ¡gracias á Dios que ha parecido! No podía por menos de haber aquí una mano oculta, y esa mano ha sido la mia, por lo que veo claramente. Más vale que todo se haya descubierto, porque así nada se ha perdido; y si vucencia quiere, en dos brin-

cos me planto de nuevo en casa de esas señoras y las explicaré el error. ¡Vaya! Pues y poquito que tuvieron que reír la niña y la mamá cuando abrieron y vieron que... y el caso no es para menos. Después que dejaron de reír se pusieron muy serias y formales, hasta el punto de mandarme que me quitase de su presencia.

—Es claro, quedarían resentidas.

—¡Y mucho! Creí que entre las dos me comían. A la vieja, sobre todo, la faltó muy poco para clavarme las uñas.

—Te hubiera estado perfectamente empleado por tu torpeza.

—Nada de eso, señor; mi torpeza no tiene nada que ver en esta segunda parte. Lo de la pipa ya había pasado, y nadie se acordaba de ella.

—Sospecho alguna nueva bestialidad de las tuyas. Sigue explicándote.

—Dí para que leyeran la carta que vucencia me entregó.

—Que recuerdo perfectamente iba

redactada en términos sumamente decorosos, cual conviene á un caballero de mi estirpe que se dirige á una dama, suplicándola acepte el don que rinde á su hermosura.

—Pues, mire vucencia lo que son las cosas; apenas la leyeron, la niña se puso como una amapola y la madre como una pantera.

—¡Que el diablo cargue contigo, belitre! exclamó el duque montando nuevamente en cólera. Vas á conseguir dar al traste con mi paciencia.

—Pero ¿qué culpa tengo yo, señor, dijo el criado con cierto despecho al ver que todas las recriminaciones eran para él, de que vucencia en su carta haya nombrado la sogá en casa del ahorcado?

—¡Santiaguillo! gritó el duque perdiendo los estribos: ¡hoy es el día que te hago rajás!

—Hágalo vucencia si le place, que para eso es mi amo; pero no por eso dejaré yo de tener razón. Sí, señor, lo

repito; á una muchacha que sufrió un mal lance en cierto sitio, como le sufrió la rubita de la tienda de don Facundo, no se la da una cita para la calle de Panaderos.

—¡Yo! ¿qué estás ensartando? ¡Tú deliras!

—Carta canta, replicó el lacayuelo sacándola del bolsillo; me parece que sé leer, y lo mismo aquellas señoras; y habiendo leído los tres igual, no vamos los tres á equivocarnos. Para esto sí que no necesito que vayan á tomar informes á la tienda de la calle de la Montera.

El duque se apoderó rápidamente de la carta, cuya forma y plegado le llamó la atención, por no ser el que él acostumbraba á dar á sus misivas.

Santiaguillo la entregó sonriéndose estúpidamente y preparándose para saborear el triunfo. No quitaba ojo de su amo, y le vió palidecer hasta parecer un cadaver.

En las pocas líneas trazadas sobre

el papel, reconoció la letra de su esposa. No estaba firmada, pero no era necesario para convencerle. Con la misma precipitación febril consultó el sobre, donde únicamente se leía:

«Al señor X. Z., en la lista.»

El lacayuelo cambió de cartas, como cambió de estuches. Echó en el buzón, después de franqueada, la carta del duque, que decía en el sobre: «A la luz de mis ojos», y que los carteros del ramo, no conociendo el destino, volverían á la Administración, y llevó á doña Melchora y su hija la que le fué entregada por la doncella de la señora duquesa.

—Para chasco, pensó Santiaguillo, que haya también aquí otra mano oculta. Ello dirá, pues su excelencia parece bastante preocupado.

El duque no sabía qué partido tomar ni qué explicaciones pedir. Llamó en su auxilio toda su sangre fría, y volviéndose á su sillón, se dejó caer

con desaliento, apretando el papel entre sus dedos convulsivos.

—¿No recibiste ayer más carta para llevar á su destino que la mia?

—Sí, señor; recibí otra; pero nada tiene que ver, respondió el lacayo. La otra me la dió la doncella de la señora; pero la pegué el papelito de á diez céntimos, y la colé por el buzón abajo.

El duque comprendió lo sucedido; pero esta vez no se sonrió por el cambio ni por la simpleza.

Si alguna duda le quedaba acerca del adulterio, la carta que tenía entre sus manos por un azar, la desvanecía por completo.

En un momento se operó un cambio notable en el modo de ser de aquel hombre. Aunque era sólo un huésped en su casa, y vivía amistosamente separado de su mujer y se tenía por filósofo en asuntos conyugales, cuando vió por lo claro que su mujer se divertía lo mismo que él, le esco-

ció sobremanera. Despertóse en su corazón el demonio de los celos, no por amor á su esposa, sino por el maldito qué dirán. Como tenía en gran estima sus timbres nobiliarios, se encolerizaba á la idea de que sufriesen detrimento, y le sufrían en grado superior, porque la que llevaba su nombre, arrastraba el escudo de armas de tantos ilustres antepasados por el lodo de la calle de Panaderos. Es verdad que él por su parte tampoco le arrastraba sobre agua de rosas; y que infinitas veces colocó los tres mil y tantos cuarteles, emblemas, símbolos y alegorías como habían reunido heráldicamente una tras otra generación de á cual más encopetados aristócratas, como adorno y trofeo encima de las paredes de los diversos compartimientos de la dichosa casa, refugio de enamorados; pero no era igual, al menos así opinaba su excelencia. Y así opina el noventa y nueve y medio por ciento de todos los maridos, excelencias ó

pelgares, que para esto la posición social importa dos cominos: es un egoísmo, pero ¡qué le vamos á remediar!

Apoderóse de él una idea fija. La venganza y la reparación de su honra; es decir, de la honra ofendida por su mujer.

Lo que más le exasperaba era la circunstancia de que esta venganza podía estar ya satisfecha. Efectivamente; si el día anterior hubiese comido en su casa, hubiera llegado á sus manos la maldita carta en tiempo oportuno, y sorprendido en su cita á los amantes que le infamaban. Ahora ya era tarde.

Luchando con mil ideas encontradas, hijas todas de la tempestad que rugía en su cerebro, permaneció largo rato sumido en profundo silencio.

—¡Santiaguillo! dijo rompiéndole por fin.

—Señor, respondió éste con voz temblona, esperando alguna andanada de puntapiés.



—Hace ya mucho tiempo que no te he subido el salario, ¿no es así?

—Señor, repuso el lacayo temiendo que aquella pregunta encubriese alguna mala intención ó fuese el prólogo de un vapuleo; tengo aún el mismo con que entré en casa de vucencia, pero estoy contento con él, porque hace poco que le sirvo, y porque reconozco que tampoco merezco más.

—No importa. En adelante, voy á exigir de ti servicios extraordinarios, y es justo que si te se aumenta el trabajo, te se aumente también la recompensa. Desde hoy mismo te aumento cinco duros mensuales; recuérdamelo si acaso se me olvida dar la orden al mayordomo.

—Descuide vucencia, que á mí no se me olvida nada, dijo Santiaguillo algo más tranquilo, viendo el continente pacífico de su señor. Y ¿qué he de hacer para corresponder á tantas bondades?

—Ser fiel y discreto.

—¡Ah, señor! yo soy muy fiel, y muy honrado. Que lo pregunten si no á don Facundo, el comerciante de la calle de la Montera.

—Escucha lo que has de hacer. Desde esta misma noche, ¿entiendes? Desde esta misma noche...

—Sí, señor; entiendo muy bién; escucho con atención. Desde esta misma noche...

—Apenas oscurezca, un poco antes será mejor, irás á situarte cerca de la casa que sabes.

—¿De qué casa?

—De aquella donde te santigüé la primera vez que nos conocimos.

—¡Ah! sí, recuerdo perfectamente.

—Y te situarás de modo que observes y no seas observado.

—Voy comprendiendo de cada vez mejor. Me gusta el oficio.

—Y esto un día y otro y otro, hasta el día del juicio.

—Hasta que se muera vucencia ó me muera yo; comprendido también

—No quisiera que durase tanto tu centinela. Ahí estarás hasta pasada la media noche, hora en que podrás retirarte.

—No es difícil el cometido, señor.

—Si llego á saber que abandonas el puesto ni cinco minutos, te desuello.

—Descuide vucencia; allí echaré raíces.

—Tu espionaje será para la señora duquesa.

El duque pronunció esta frase violentándose, porque le costaba trabajo.

—Y tan pronto como la veas entrar allí, sola ó acompañada, tomarás un coche de plaza, que allí los hay cercanos, y vendrás corriendo á casa á ponerlo en mi conocimiento, porque desde hoy me encierro por las noches en mi despacho, y no salgo de él, esperando tu venida. No necesito decirte más.



X

ERRARE

HUMANUM EST.

El reverendo padre Petavio acababa de recibir en su posada del Peine un abultado pliego de sus superiores, remi-

tiéndole nuevos documentos é instrucciones acerca del negocio que le retenía en Madrid, y que en el sobre se leía escrito en gruesas letras la palabra *Urgente*.

Como en aquel momento entraba el camarero de servicio con el almuerzo, consideró que, entre dos urgencias, la de su estómago era más apremiante y de preferente interés: tiró el pliego á un lado, se sentó, lió la servilleta á su robusto cuello, y empuñó el tenedor.

Almorzó su paternidad con todo el sosiego y descanso á la par que excelente apetito que ordenan los sagrados cánones, si bien, doloroso es decirlo, con la frugalidad con que desde tiempo inmemorial se almuerza en las posadas donde se paga poco. Terminado el último bocado, dió un profundo suspiro, de aquellos que salen de las concavidades del corazón; no se sabe si porque el almuerzo fué escaso, ó por el trabajo que le esperaba leyendo

y enterándose del mamotreto que había recibido, y que seguía encima de la mesa, única cosa que quedaba entre los platos, porque no era comestible.

Dió tres ó cuatro bostezos al aire, acompañando este acto natural del organismo con otras tantas cruces hechas con el dedo gordo sobre la boca, para que el diablo no se colase por la vía que se le presentaba abierta, y mezclándose *de profundis* en el estómago, dificultase la buena digestión: se acomodó bien en su ancho sitial de baqueta, buscando una posición adecuada, y torciendo la cerviz sobre uno de sus hombros, se dispuso á echar un sueñecito para disipar los vapores, y poder después, con el cerebro más despejado, emprenderla con la lectura del contenido del abultado pliego toledano.

Un segundo después roncaba armónicamente. ¡Pobre señor!

A poco rato llamaron á la puerta del cuarto: inútil es decir que no con-

testó, porque había tomado bien el sueño. Repitieron desde fuera la llamada, y viendo el visitante que nadie respondía, alzó el picaporte, abrió con cautela y entró en la habitación.

Era Santiaguillo Barretas.

—Buenos días, tío, dijo al entrar, saludando respetuosamente. Al pronto no reparó que su pariente estaba descansando; pero observándolo después, repitió su saludo, acompañándole de un amistoso empujón para despertar al dormido.

—Ya lo leeré después, refunfuñó éste, que no correrá tanta prisa; ahora no puedo, que estoy durmiendo.

—Está soñando, dijo el sobrino: pero es fuerza que despierte, que yo no puedo venir á cada instante, y necesito cumplir con un deber de agradecimiento.

Y redobló sus esfuerzos para despertar al canónigo con la mayor suavidad posible.

Abrió por fin los ojos su paternidad, y los fijó en su sobrino.

—¿Eres tú? dijo con marcado mal humor: ¿qué te se ofrece? Mira, llegas tarde, porque ya he concluido de almorzar, y no ha quedado migaja. Siéntate si es que alguna otra cosa te se ocurre.

—Perdone usted, tío, que haya venido á molestarle; pero estoy tan ocupado, que me haría extorsión tener que volver. Vengo á darle á usted las gracias.

—¿De qué? No recuerdo haberte dado nada.

—Por la recomendación de usted.

—¡Ah! sí, es verdad; ya no me acordaba. Eso se da á cualquiera, y no merece la pena; pues por lo regular es lo mismo que tafetán para soletas.

—A mí me ha servido de mucho.

—Hombre, me alegro. Alguna vez había de servir para algo una cosa que yo hiciera. Habrá sido una casualidad;

pero, en fin, si ha pegado bién, te doy la enhorabuena.

— ¡Y tanto! Estoy ya al servicio del señor duque.

— ¿Desde cuándo?

— Desde el mismo día que usted me dió la recomendación, que yo, sin perder momento, llevé á su casa inmediatamente.

— Ha sido eficaz, más vale así. Raras veces se ve que ciertos señores tomen tan á pechos hacer un favor.

— Su excelencia es una buena persona, y me quiere mucho. Si usted se hubiera dignado volver la cabeza y mirarme, no necesitaría preguntarme nada, pues por sus propios ojos se convencería en mi persona, de que me va en grande con mi nuevo destino.

El canónigo se incorporó entonces, y miró á su sobrino.

— ¡Calla! pues tienes razón. Hombre, ¡qué majo y qué guapo estás! ¿Es hoy domingo de Carnestolendas, que

vienes vestido de *catalaolla*? ¿Qué vestimenta es esa?

—Mi uniforme ordinario de lacayo *attaché*. ¿Sabe usted lo que es lacayo *attaché*, querido tío?

—No, no lo entiendo.

—Ni yo tampoco; pero debe ser una cosa muy sublime, puesto que no la entendemos ninguno de los dos.

—Ni hace falta: lo principal es que estás bien vestido.

—¿Le gusta á usted? Pues esto no es nada. Lo que tiene que ver es mi uniforme de gala, aquel capote de siete esclavinas y aquella colmena de cinco pisos; el corbatín de á dos palmos y las botas á la bombé. De fijo, que si me viera usted con el traje de ceremonia, creía que su sobrino era el gran Tamorlán de Persia.

El canónigo se refregaba las manos de gusto, y Santiaguillo reventaba de gozo enumerando sus grandezas.

—¿Y lo demás, preguntó el tío, está de acuerdo con la vestimenta?

—¡Bah! ¡Yo lo creo! mucho mejor. A cuerpo de rey, tío; como un canónigo.

—No, dispensa; no te sirvas de comparaciones vulgares, que suelen fallar muchas veces. Yo soy canónigo, y sin embargo, acabo de almorzar peor que un ermitaño.

—Pues en casa del señor duque estamos todos á cuerpo qué quieres. Comidas buenas y abundantes, buena tajada, buen trago...

—¡Calla, verdugo, no te goces en mi tormento! Estoy pasando una terrible cuaresma en esta maldita posada. He perdido más de veinte libras en los pocos días que llevo, que cuando vuelva á mi casa, el ama no me va á reconocer.

Y suspiró nuevamente.

—Pero todo esto, prosiguió impertérrito el sobrino, no es sin su cuenta y razón, porque, por otra parte, no falta que trabajar.

—Eso es peor, y ya no me gusta

tanto; pero, en fin, como no es de mí de quien se trata, sino de ti, ya puede pasar. Tú eres joven, y el trabajo á tu edad cría buena sangre.

—Tiene usted razón, y luégo, la verdad, que no rompe costillas el que yo tengo: más es cosa de paciencia y pesadez, que de fuerzas.

—Entonces, si sólo es cuestión de aguante y cachaza, bien se puede sufrir, que todos tenemos nuestra cruz áuestas. Allá en Toledo, yo también me llevo en el coro las horas muertas entonando canto llano, que se me seca la boca, pero algo hay que hacer en el mundo para ganar la pitanza. ¿Y cuál es tu ocupación?

—Tengo varias, pero la principal y la de más confianza, la más penosa, es la de atalaya.

—No te entiendo.

—Me explicaré mejor. Estoy de centinela alerta, por encargo de mi amo, en la calle de Panaderos. ¿Sabe usted dónde está la calle de Panaderos?

—Ya me has hablado otra vez de la dichosa calle, y te he dicho lo que conviene. Parece que tú la tienes particular predilección, porque no te se cae de la boca y en ella te ocurrió un lance agri-dulce, según me tienes referido.

—Sí, señor; se conoce que la tal calle está íntimamente ligada á mi existencia. Pues como digo, allí estoy clavado, sobre todo de noche, desde que encienden los faroles hasta que ya va siendo de madrugada y suenan á lo lejos las campanillas de las burras de leche. Gracias á que el señor duque se hace el cargo y me permite que de día descabece un poco el sueño por la mañana, hasta eso de las doce, hora en que él se levanta, y hasta entonces no me necesita. No me pesa este servicio nocturno, porque nadie sabe adónde puede ir á parar, y pudiera ocurrir algún día tener que desempeñar una plaza de sereno.

—Cierto, muy bien pensado, replicó